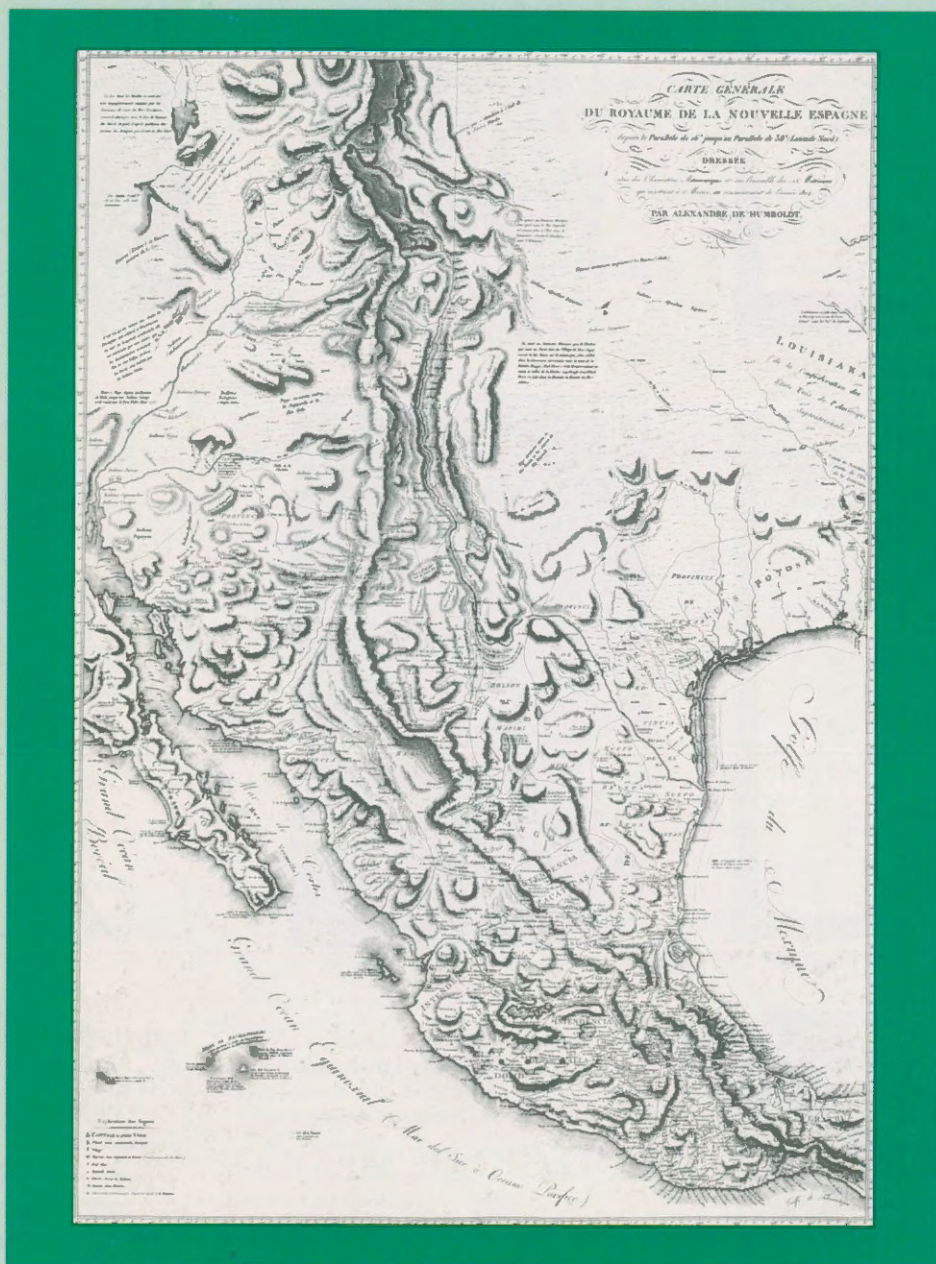


SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 1999



**Víctor Urquidí: México en la globalización**

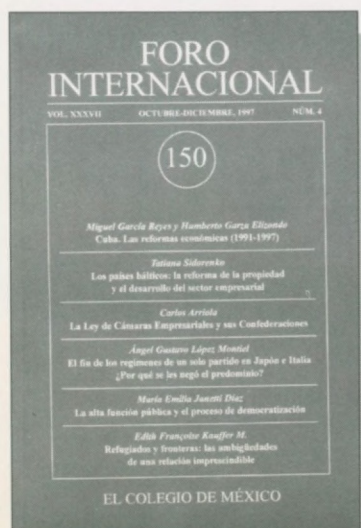
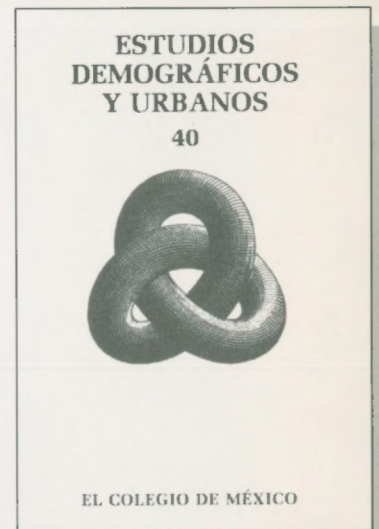
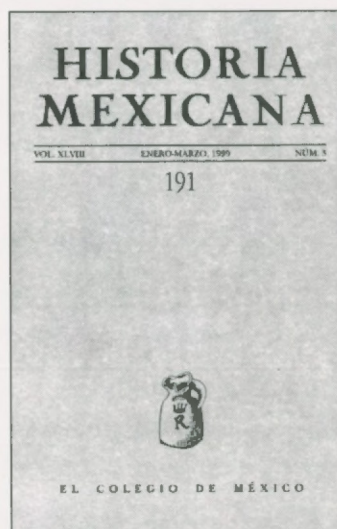
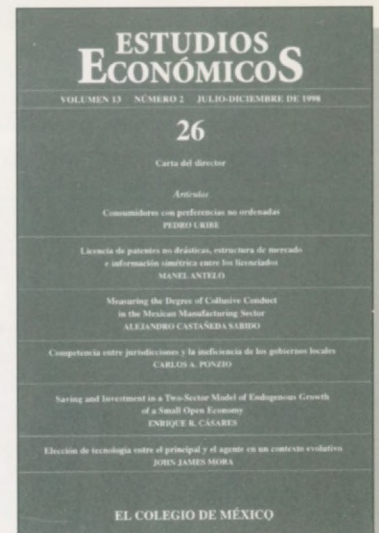
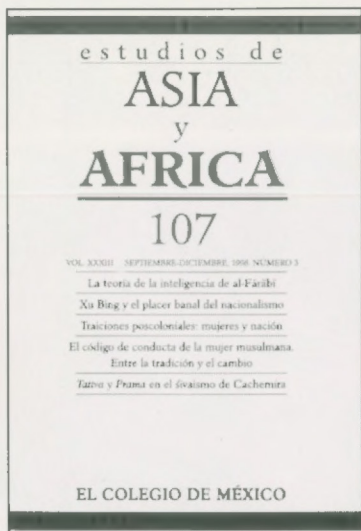
**Josep Carner: Nabí**

León E. Bieber: cincuenta años de la República Federal de Alemania

David Pantoja: La cátedra Von Humboldt

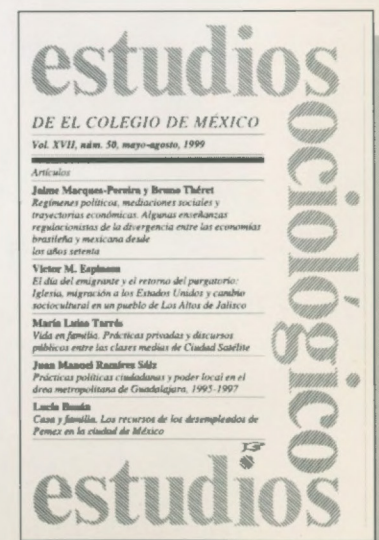
Martha Elena Venier: Paño, tela y género

## Publicaciones periódicas



## EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,  
 Dirección de Publicaciones,  
 Camino al Ajusco 20,  
 Pedregal de Santa Teresa,  
 10740 México, D. F.  
 Para mayores informes:  
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
 Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:  
 publi@colmex.mx



# ÍNDICE

## México en la globalización: avances y retrocesos

■ Víctor L. Urquidí ■ 2

## La cátedra Von Humboldt

■ David Pantoja ■ 11

## Cincuenta años de la República Federal de Alemania

■ León E. Bieber ■ 13

## Nabí

■ Josep Carner ■ 18

## Paño, tela, género

■ Martha Elena Venier ■ 38

### Ilustraciones de este número

Páginas 11 y 12: *Alexander von Humboldt 1769-1859*, Werner Feisst, Dr. Wolfgang Schwarze Verlag, 1978.

Página 14: *Humboldt 65*, Bruckmann, Munich 1978. De la página 18 a la 40: Enrique Climent, Margarita de Orellana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.

EL COLEGIO DE MÉXICO, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F., Teléfono 5449 3000, ext. 3082, Fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ *Secretario general* DAVID PANTOJA MORÁN ■ *Coordinador general académico* CARLOS ROCES DORRONSORO ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* HUMBERTO DARDÓN ■ *Director de Publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinador de Producción* JOSÉ MARÍA ESPINASA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 81, SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 1999

*Diseño* IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA ■ *Corrección* GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ E ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ *Portada* MAPA GENERAL DEL REINO DE LA NUEVA ESPAÑA DE ALEXANDER VON HUMBOLDT.

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 6878 y de contenido, núm. 7972, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 20 de enero de 1993; núm. de reserva 2441-93.

## *México en la globalización: avances y retrocesos*

**M**éxico inició su ingreso a la globalización en los años setenta por partida doble: una positiva, que abastecía el mercado petrolero mundial como nunca antes, y otra negativa, que se convirtió en rehén de la banca comercial internacional. La economía mexicana se sumó así a la globalización sin proponérselo y sin idea de las consecuencias. En 1983, por la crisis de la deuda un año antes, se inició un periodo de estancamiento económico que apenas ha podido superarse parcialmente. Ha sido una evolución tardía, con altas y bajas, hacia el mercado mundial más allá del petróleo y hacia la interdependencia industrial.

### LA ESTABILIZACIÓN Y LA PARTICIPACIÓN INSTITUCIONAL EN LA ECONOMÍA GLOBAL 1989-1994

La entrada de la economía mexicana a la globalización de los años noventa fue traumática, con indudables avances y aspectos positivos de modernización tecnológica y de penetración de mercados externos, pero a la vez con trastornos de tipo negativo que empezaron a reflejarse en un cada vez mayor desempleo y en la imposibilidad de acometer los grandes problemas estructurales visibles desde los años setenta. La limitada capacidad empresarial del país, la casi ausencia de investigación tecnológica innovativa y los efectos del largo rezago en la capacitación de la mano de obra y en el sistema educativo en general, se tradujeron desde la vertiente de la oferta en obstáculos a un crecimiento sostenido y general.

En México la globalización económica se vio de hecho en su mayor parte como una participación en la economía de América del Norte, fundamentalmente la de Estados

Unidos. Las relaciones comerciales y de inversión con Europa occidental fueron siempre menores y más concentradas en unos cuantos bienes: en la exportación de petróleo y algunos minerales, y en la importación de maquinaria y determinados productos químicos. Con Japón, el petróleo fue el motor de la exportación, a cambio de autos, equipo electrónico y otras manufacturas. Con el resto de América Latina el intercambio se había reducido a cifras poco significativas, y aun la firma del Tratado de Libre Comercio con Chile en 1993 no las alteró. Algunos países de América Latina sintieron que México les había dado la espalda, pero debe reconocerse que el mercado de la globalización no estaba a la vista para México, en América del Sur o Central, sino al norte, que era además fuente de recursos financieros y de inversión, así como de nuevas tecnologías.

Ha de añadirse que la industria maquiladora, en forma mayoritaria establecida en las zonas industriales de la frontera norte y sujeta a un régimen aduanero especial de Estados Unidos, había ofrecido a México, desde 1964, un mercado privilegiado, cuyo principal efecto fue la creación de puestos de trabajo que ya en 1990 representaban 12% del empleo industrial nacional. El valor agregado por la maquila, para México en 1990, fue de 3 500 000 000 de dólares, comparado con exportaciones de manufacturas del resto de la economía de 15 000 000 000 de dólares, y de petróleo crudo de 9 000 000 000. Aunque a partir de 1993 se contabilizaron oficialmente las operaciones comerciales del sector maquilador a sus valores brutos de exportación e importación (está última libre de impuestos y que constituía 98% de los insumos), y se sumaron, para efectos políticos, al resto de las cifras del comercio exterior, el valor agregado neto de las operaciones de maquila permaneció

a una escala anual nunca superior a aproximadamente 4 500 000 000 de dólares hasta 1994, o sea, 10% de los demás ingresos en divisas en cuenta corriente. Las características distintas de las operaciones de maquila respecto a la mayoría del resto del comercio exterior aconsejan el desglose necesario de las cifras y su consideración aparte. De cualquier manera, la producción de la industria maquiladora constituye una inserción en el mercado de Estados Unidos como parte de la globalización (en competencia, es cierto, con productos de maquila de otros países en que privan salarios bajos).

La crisis del proceso de incorporación a la globalización se agudizó a lo largo de 1994, cuando el déficit comercial llegó a 24 300 000 000 de dólares, muy difícil, si no imposible de financiar, sobre todo al existir grandes endeudamientos externos adicionales, reembolsables a corto plazo. Se había aplazado la decisión de reajustar el tipo de cambio a su valor real, y en diciembre de 1994 no había salida sin un gran costo, que resultó ser la depreciación pronunciada de la moneda mexicana en un mercado «flotante», no regulado. Fue previsible de inmediato un descenso acentuado del PIB en 1995, que resultó ser de 6.2%, con tasas de contracción aún mayores en el consumo, en la construcción, en varias ramas industriales importantes y en la inversión pública y privada —apenas compensadas por un aumento de las exportaciones.

Resumiendo, a fines de 1994 existía ya una participación formal, institucional, iniciada precisamente en 1985, en la globalización económica. Se reforzó con el sistema de apertura y de eliminación de restricciones, por medio del TLCAN, del GATT (sucedido por la OMC), de la aceptación de la economía mexicana en la OCDE y de la apertura a la inversión extranjera directa a ritmos superiores en tres tantos a las cifras anteriores a 1990. La participación en la apertura financiera tuvo menos éxito, en gran parte por la base estrecha de la bolsa mexicana de valores, por el factor riesgo-país y por la volatilidad de los fondos de inversión. En materia de tecnología, no se revirtió la tendencia ya asumida en épocas anteriores de fuerte dependencia de tecnologías extranjeras en manos de empresas transnacionales. En el espacio de la informática, los desarrollos internos autónomos fueron pocos, pero México se adhirió a las redes satelitales internacionales y a los servicios correspondientes. Asimismo, se redujo en lo económico el Estado mexicano mediante las privatizaciones y el abandono de muchas funciones regulatorias.

Sin embargo, México acentuó su ingreso en la globalización con las manos atadas, con poco impulso autónomo

del comercio exterior y con enorme carga de endeudamiento externo. Se ha debatido si quedaba otra alternativa, pero lo que no se ha discutido lo suficiente es si pudiera haberse incorporado la economía a la globalización de manera menos apresurada, con mayor congruencia entre los fines y los medios, con mayor respaldo de los muchos sectores a los que las aperturas comerciales y financieras iban a crear dificultades insuperables sin seguridad de compensaciones como las que se han establecido en la Unión Europea.

En 1995, y hasta mediados de 1996, la economía mexicana se comprimió severamente, al inducirse una política económica y financiera de ajuste pronunciado, con fuerte restricción de la demanda interna, de los sectores de empleo y de la capacidad fiscal. Estos descensos afectaron de manera negativa a la consolidación de la economía mexicana en los procesos de globalización, mientras otros países en vías de desarrollo continuaron haciendo progresos. Fue otro retroceso histórico para la economía mexicana.

#### CONDICIONES Y REQUISITOS DE LA GLOBALIZACIÓN



La gravedad de la crisis de 1994-1995, ya vislumbrada unos años antes por algunos analistas académicos, puso en evidencia que se carecía de una estrategia adecuada de participación en la globalización y que se actuó improvisadamente, como en tantas ocasiones anteriores, con visión oportunista de corto plazo, y, en este caso, constreñida obsesivamente a insistir en que los indicadores de mercado bastaban para conducir al país a un futuro económico y social más sólido para la población. Si se repasa el periodo 1980-1994, se descubre que la tasa media anual de incremento del PIB fue de sólo 1.9%, mientras la población crecía alrededor de 2.4%. El aumento del ingreso por habitante se redujo a una tasa anual de 0.49%. La dinámica poblacional había disminuido bastante a partir de 1976, en lo principal por descensos de la fecundidad y por un monto neto creciente de la emigración de fuerza de trabajo. De cualquier manera, la inercia demográfica básica dio lugar a que la población económicamente activa creciera todavía 3.5% anual, lo que ha constituido una causa estructural de desempleo de origen demográfico que no se previó.

Durante tan largo período de crecimiento lento del PIB y aún más lento del ingreso por habitante, con reveses frecuentes, la tendencia crónica al desempleo y al subempleo se acentuó. Según estimaciones fehacientes, el de-



## México y Brasil

Excelentísimo señor Embajador del Brasil, don Francisco Junqueira:  
Distinguidos amigos;

Al anunciármese el otorgamiento de la altísima distinción que entraña la presea "Ordem do Rio Branco", me vinieron a la memoria no sólo fuertes imágenes de Brasil iniciadas en 1930, sino recuerdos de las muchas ocasiones en que a lo largo de los años he tenido oportunidad de sentir la gran humanidad del pueblo brasileño, en sus actividades cotidianas y en su visión del futuro. En América Latina, con la excepción de Brasil, mi impresión siempre era de que se tenía un gran pasado que condicionaba el presente —quizá más de lo necesario— y el cual nos impedía pensar en la problemática tan enorme y compleja que viviríamos en el resto del siglo actual y en los albores del próximo; mientras que en Brasil se respiraba, más que nada, una atmósfera que envolvía un futuro in-

dudablemente grande cuyos lineamientos se definían mejor que en otras partes. Brasil, me decía yo, carece de "complejos históricos"; por otra parte, su territorio y sus recursos naturales crean una impresión ineludible de "riqueza futura" y de tiempo sobrado para alcanzar metas a largo plazo. De allí mi interés en llegar a conocer lo más posible de su amplio territorio y en recibir impresiones directas acerca del quehacer de sus habitantes.

Aparte de un primer y rápido tránsito por Rio de Janeiro y São Paulo en 1930, hacía yo tempranas lecturas y conjeturas al haber vivido en compañía de mis padres a orillas del Río de la Plata durante más de año y medio, en un país cuya historia estaba muy marcada por acontecimientos en la periferia de Brasil. Años más tarde, en etapa ya profesional, tuve oportunidad de tratar de reflexionar sobre el papel de

semplo real en México en 1994 era ya cuando menos de 10% de la PEA, que afectaba en su mayor parte a personas jóvenes con educación incompleta y poca capacitación. La inversión y la demanda en general no absorbían ya los excedentes laborales; la modernización tecnológica de la industria y los servicios y el adelgazamiento presupuestario del sector público llevaban también en la misma dirección. El desempleo mayor empezó a coincidir con otros factores de marginación y exclusión de la población de bajos ingresos, sobre todo en las zonas rurales y en las periferias urbanas. Durante los años noventa no se hizo frente con eficacia a las tendencias a mayor desigualdad en la distribución del ingreso; los programas llamados de solidaridad llegaron tarde y se confundieron con proselitismo electoralista. Hoy día existe una acumulación de «deuda social» muy difícil de atacar con recursos menguados, en una situación, además, en que el salario medio real de la mano de obra empleada en la economía formal se halla en un rango 22% inferior al de 1994. Se estima que en la actualidad dos tercios de las familias viven en condiciones definidas como de «pobreza», y de ellas la tercera parte —20 000 000 de personas— se encuentra en situación de pobreza extrema. Es normal descubrir que en cualquier familia hay personas desempleadas.

Se ha registrado una recuperación de la economía mexicana a partir de la segunda mitad de 1996, con el resultado de un incremento del PIB de 5% ese año. Ha sido un repunte muy discreto, enfocado a la capacidad de exportación de las ramas industriales en que hay participación de capital extranjero, con escasa repercusión en otras ramas industriales y en los servicios, y además concentrado en determi-

nadas regiones con exclusión de otras. La comprensión del consumo y, en consecuencia, del mercado interno como parte de la política de ajuste al descalabro económico de 1995 no ha sentado bases firmes para el retorno a un crecimiento económico constante, suficiente y generalizado, para reducir el desempleo. Un mercado interno estancado no puede constituir un aliciente para la inversión privada interna, la que, por lo demás, se ve impedida por su agobio financiero y por la crisis del sistema bancario. Al fincarse la recuperación de lo perdido en el incremento de algunos sectores de exportación, se ha creado una economía acentuadamente dual: el sector de exportación que florece con base en salarios bajos y crece en parte por la inversión extranjera directa y con ayuda del TLCAN, y el «resto

de la economía», que representa poco más de 60% de la demanda agregada, que no crece y se va rezagando respecto al primero.

Es decir, en términos de globalización sólo un pequeño segmento de la economía está inserto en ella. Los ingresos generados por las exportaciones de bienes manufacturados representan sólo 10% de la demanda agregada: además, apenas superaron en 1996 los 42 000 000 000 de dólares, por lo que suponen muy poco en términos globales y aun son una insignificancia en relación con el mercado de América del Norte.

Quienes examinan las perspectivas, mexicanos con visión más amplia y en función sobre todo del largo plazo, consideran que la actual estrategia por sí sola no podrá alcanzar metas adecuadas a las necesidades futuras de la población. Las oportunidades que ofrece la globalización son contrarrestadas por peligrosas asechanzas para las grandes mayorías. En gran parte, ha de suponerse que los pagos anuales de intereses —14 000 000 000 de dólares en 1996— sobre una deuda externa cuyo saldo fue de 158 000 000 000 de dólares a finales de año, sumadas la deuda pública, la del Banco de México y la del sector privado, impiden una reorientación e incremento del gasto público para ampliar y robustecer de manera significativa la infraestructura, los servicios educativos y de salud y una diversidad de servicios sociales, y colocar a la economía en mejor posición para afrontar el siglo XXI. Se prevé que la deuda externa total seguirá aumentando, y que la tasa media de interés que conlleva se mantendrá entre 11 y 13% anual en los próximos años, de manera que no podrá esperarse mucho alivio por ese lado.

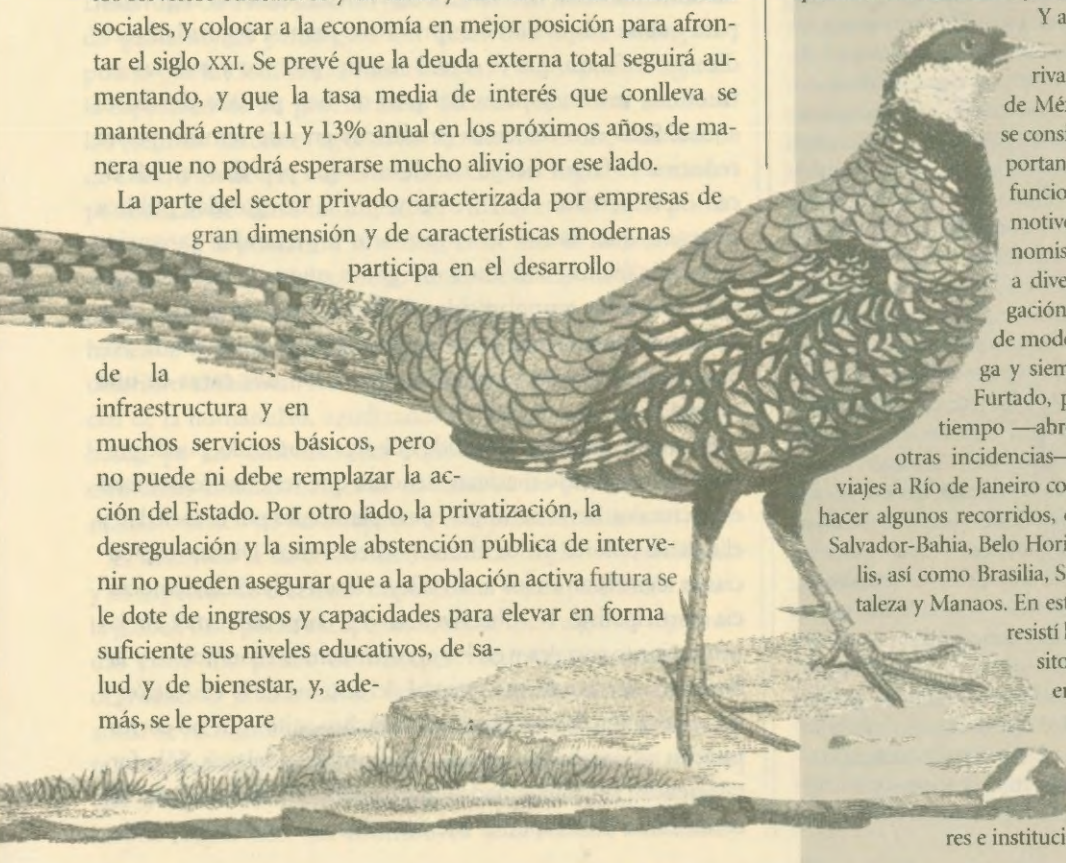
La parte del sector privado caracterizada por empresas de gran dimensión y de características modernas participa en el desarrollo

de la infraestructura y en muchos servicios básicos, pero no puede ni debe remplazar la acción del Estado. Por otro lado, la privatización, la desregulación y la simple abstención pública de intervenir no pueden asegurar que a la población activa futura se le dote de ingresos y capacidades para elevar en forma suficiente sus niveles educativos, de salud y de bienestar, y, además, se le prepare

Brasil en el periodo de posguerra, en un pequeño grupo de estudios del que formaba parte en México —era imposible prever las condiciones de la posguerra en América Latina sin apreciar el papel central que ya desempeñaba y que sin la menor duda seguiría desempeñando Brasil. Me tocó en suerte poco después, en 1947, ocupar un cargo en el Banco Mundial, en lo que entonces se llamaba la División del Este de América Latina, en la que los asuntos de Brasil eran preeminentes, sobre todo porque este país había presentado una solicitud de crédito para la ampliación de su sistema eléctrico. Se hicieron estudios sobre la economía brasileña y sus tendencias, además de los específicos relativos al proyecto de energía, que incluía comunicaciones telefónicas. Me preparé leyendo obras de historia económica de Brasil, al mismo tiempo que revistas y boletines del Banco de Brasil y otras agencias. No me faltó iniciarme en la lectura de obras de grandes escritores brasileños, con la consiguiente necesidad de adquirir conocimientos del portugués brasileño. En materia económica, descubrí, entre otras cosas, que Brasil se componía al menos de cinco economías con características diferentes —estructura que no se adivinaba en los demás países de la región latinoamericana— y que ya era entonces una economía con fuertes avances industriales y con visión prospectiva, hacia adentro y hacia el mundo externo. Se presentó la ocasión de hacer una breve, pero provechosa visita de trabajo, de nuevo a Río y São Paulo, de la que resultaron contactos y amistades que perduraron.

Y así me fui adentrando con curiosidad y con deseo de derivar enseñanzas. En El Colegio de México, por explicables razones, se consideraba a Brasil en toda su importancia. Más adelante, cuando fui funcionario de la CEPAL, con mayor motivo tuve acercamiento a los economistas y los sociólogos de Brasil y a diversas instituciones de investigación y docencia. Sólo menciono de modo especial a mi entonces colega y siempre entrañable amigo Celso Furtado, pero la lista es larga. Con el tiempo —abreviando la historia de éstas y otras incidencias—, pude efectuar numerosos viajes a Río de Janeiro con fines académicos, y además hacer algunos recorridos, en particular a lugares como Salvador-Bahia, Belo Horizonte y Ouro Preto, Petrópolis, así como Brasilia, São Paulo, Foz de Iguazú, Fortaleza y Manaus. En este último lugar, por cierto, no resistí la tentación, en un breve tránsito turístico fluvial, de bañarme en aguas del río Negro y de experimentar un delicioso manjar: un filete de piraña.

Del mismo modo que interactuaba con investigadores e instituciones económicas y sociales de





Brasil, y marginalmente con personalidades de la ciencia y la tecnología, igual que de la educación, encontraba una similitud moderna entre los profesionistas de ese país y los nuestros en México; aún más, sentía que los brasileños y los mexicanos, a pesar de formarnos en historias e instituciones diferentes y de no compartir algunos rasgos culturales, teníamos mucho en común. Era fácil entendernos. ¿Por qué entonces no se producían mayores contactos entre las dos economías más diversificadas de América Latina, que crecían y se desarrollaban con notable rapidez, en comparación con otras de la región? En alguna ocasión propuse que se organizara una conferencia anual de consulta e intercambio entre economistas de los dos países. En México no se logró ningún apoyo, y aun hubo poco interés. Más tarde ayudé a crear el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, que generó intercambios muy valiosos en ciencia política, sociología y demografía, en que Brasil siempre participaba, aunque, por extrañamiento que parezca, muy poco se consiguió en temas económicos. ¿Rivalidad latente? ¿Intereses externos distintos? ¿Relaciones desiguales dentro de la región latinoamericana? Tal vez un poco de todo ello, pero no veía yo por qué se excluía la cooperación económica y comercial en una perspectiva de futuro. Hoy ya parece que las rutas seguidas son divergentes: México se integra en la economía de América del Norte; Brasil en la de una parte importante de América del Sur, con vigoroso eje en el Mercosur, sin dejar a un lado su horizonte internacional, sobre todo hacia Europa. Todo ello valdría la pena ponerlo a reflexión con vistas al siglo XXI. Más que lemas históricos que se pasean por las cumbres y las conferencias, se requeriría trabajo práctico y de orientación para una colaboración fructífera entre México y Brasil en los próximos 20 años.

Un plan de colaboración a largo plazo debería, a mi juicio, abarcar una intensificación de los intercambios académicos y culturales, que ya se han iniciado y en la que participan El Colegio de México y la UNAM, si bien lo hacen más de "allá para acá" que de aquí para allá. No estoy convencido de que en México se estudie de manera adecuada a Brasil, ni de que en Brasil se profundice en el conocimiento de México (pese a un célebre libro de Erico Verissimo). La diferencia de lengua no debiera ser obstáculo real, pero, sobre todo en México, podría intensificarse el aprendizaje del brasileño —de nuevo, El Colegio y la UNAM han hecho esfuerzos, pero habría que extenderlos aún más en el resto del país, donde ya se han iniciado. Sé bien que, si me guío por Jorge Amado, hay que adquirir un vocabulario específicamente brasileño, aparte de las complicaciones gramaticales de esa bella lengua que por alguna razón nos parece

para alcanzar mejores índices de empleo. La salida vía exportaciones, acompañada de la creciente apertura a las importaciones de todos los insumos necesarios y de no pocos bienes de consumo suntuario, tampoco garantiza a largo plazo un crecimiento económico sostenido, ya que requeriría un monto creciente de inversión directa del exterior y posiblemente de endeudamiento extranjero.

Es común afirmar que el problema fundamental consiste en aumentar el ahorro interno, cuando la gran mayoría de la población no cuenta con ingresos para efectuar ningún ahorro real. Luego los esfuerzos deberían dirigirse al ahorro del sector empresarial, que podría ser mucho mayor si las empresas medianas y pequeñas tuvieran perspectivas de mercado interno alentadoras y capacidad de autofinanciamiento o al menos acceso adecuado al crédito a plazos mediano y largo, y a tasas de interés razonables. Asimismo, los ahorros institucionales podrían llegar a ser importantes. Pero el componente mediano y pequeño de la industria y los servicios va en descenso. A la estrategia económica del presente le ha faltado desde el principio un estímulo a la inversión empresarial. En una visión de conjunto a largo plazo se deberá reconocer cada vez más la asimetría interna y admitir que el incremento de la inversión empresarial nacional requerirá, para que se adquieran compromisos firmes, seguridad jurídica y confianza que el actual sistema político y aun las estructuras institucionales del país no han podido dar hasta ahora. Sólo con reformas profundas en este sentido podrá reducirse el factor riesgo tan elevado que prevalece en México —incrementado recientemente por la inseguridad pública urbana—, que induce al empresario a pretender ganancias rápidas y fáciles, con altos márgenes que, a la postre, paga el consumidor empobrecido. El incremento de la inversión nacional y el fomento de la capacidad de consumo de la población de ingresos medianos y bajos son dos caras de una misma moneda.

En la globalización, a medida que siga avanzando, puede preverse que en el caso mexicano tendrán que vencerse resistencias estructurales, tanto naturales como planteadas por la sociedad y el sistema político de los últimos ochenta años. Dichas resistencias se identifican en los todavía leves avances hacia la democracia participativa, la sobrevivencia del corporativismo en las instituciones sociales y en los agrupamientos económicos y laborales, la lenta reforma integral del sistema de la educación y la capacitación, la persistencia de muchos mitos que no corresponden a las realidades de hoy, dentro y fuera del país. Sólo fortaleciendo las capacidades nacionales en función de las condiciones reales podrá México obtener beneficios perma-



nentes de su inserción en la globalización, a la que está expuesto en formas vulnerables. La sola integración con Estados Unidos y Canadá no garantiza el éxito, ya que la economía mexicana está en clara desventaja, sin compensación alguna, antes bien, con obligaciones financieras muy onerosas vigentes por muchos años. La extensión a otras áreas geográficas podrá ser necesaria, pero no fácil de alcanzar ante la creciente competencia internacional y vistos los intereses de otro orden de los países europeos y Japón.

#### CONCLUSIÓN: HACIA UN DESARROLLO SUSTENTABLE Y EQUITATIVO

La única noción clara para el futuro, a fin de guiar el derrotero de la sociedad mexicana, será una conciencia más realista de lo que son hoy la economía y la sociedad mexicanas, con sus instituciones y sus resistencias, y de lo que debiera lograrse por esfuerzo propio para prepararse mejor para los decenios futuros.

Ha de tenerse en cuenta que México ha añadido a sus objetivos y quehaceres los de llegar a alcanzar un proceso de desarrollo sustentable, según el compromiso adquirido en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo de 1992, suscrito por más de 150 jefes de Estado o de gobierno. El paradigma del desarrollo sustentable propuesto por la Comisión Brundtland en 1987 supone asegurar la capacidad de las generaciones futuras para tener acceso a los recursos naturales necesarios sin afectar la disponibilidad de éstos, a fin de que nuestros descendientes lleguen a estar en posibilidad de darse la calidad de vida que sólo unos pocos sectores de la población mundial, entre ella la mexicana actual, han logrado. El desarrollo sustentable supone vincular la protección ambiental con el desarrollo económico y social, haciendo de ellos un todo indisoluble. Algunos fenómenos de deterioro ambiental, resultantes de la acción económica y social de la humanidad, agudizados en los últimos 50 años, rebasan ya los umbrales del equilibrio ecológico y de los elementos condicionantes de la salud de las poblaciones humanas. México no ha escapado a esta problemática.

El deterioro se da en los ámbitos local, regional y nacional, y en aspectos de creciente importancia y complejidad, a escala global. Con pocas excepciones, sobre todo algunas registradas entre los países de mayores recursos económicos, la degradación ambiental se ha intensificado en los últimos años. Se reconoce que no es cuestión de tecnología solamente, sino de actitudes políticas, sociales y culturales. Se admite que la dependencia todavía creciente respecto a los combustibles de origen fósil, que contribuyen cada vez más a contami-

más complicada que el español. Pero ¿dónde en México se pueden adquirir obras de autores brasileños en su lengua original? Falta un esfuerzo importante de intercambio. Igual ocurre en la cooperación científica y tecnológica, como seguramente en las áreas de la educación y la informática.

Me atrevería incluso a decir que en gran medida los dos países vivimos casi de espaldas el uno al otro. Esa indiferencia debe romperse, para lograr un redescubrimiento recíproco que abarque todos los campos. Los dos países podrían emprender un renovado programa de acciones en diferentes terrenos que redunden en beneficios para la sociedad civil en ambas naciones.

Excelentísimo señor Embajador:

Al aceptar y agradecer profundamente esta excelsa distinción que me confiere el Gobierno del Brasil, y que en particular responde a la generosidad de su Excelencia el Presidente Fernando Henrique Cardoso, de quien me honra su amistad desde hace más de 30 años, hago votos porque se aborden con entusiasmo las tareas necesarias para ampliar y profundizar las relaciones entre nuestras dos grandes naciones, conscientes ambas de los desafíos que se presentarán en el milenio que se aproxima y del papel que les corresponde en el conjunto latinoamericano. Uno de los grandes desafíos que ambas naciones tendrán que afrontar, y respecto al cual podrían cooperar, será el de emprender una estrategia de desarrollo sustentable, en los términos derivados de la Cumbre de Río de 1992, en los ámbitos nacional y global. La cooperación y el intercambio no deberían limitarse a las esferas oficiales, sino abarcar a las instituciones académicas y de investigación, al sector empresarial, a los medios de comunicación y, en general, a instituciones de la sociedad civil que están llamadas a representar un papel mucho más importante en el futuro.

Esperaría yo que se emprendiera un esfuerzo sistémico de ampliación de relaciones y de acercamiento mutuo, así como de conocimiento profundo de las realidades de cada una de las dos naciones y de su integración gradual en la sociedad global.

PALABRAS DEL PROFESOR VÍCTOR L. URQUIDI  
EN OCASIÓN DE RECIBIR LA CONDECORACIÓN  
"ORDEM DO RIO BRANCO"  
DEL GOBIERNO DE BRASIL

(México, D. F., 16 de marzo de 1999)



## Políticas de población

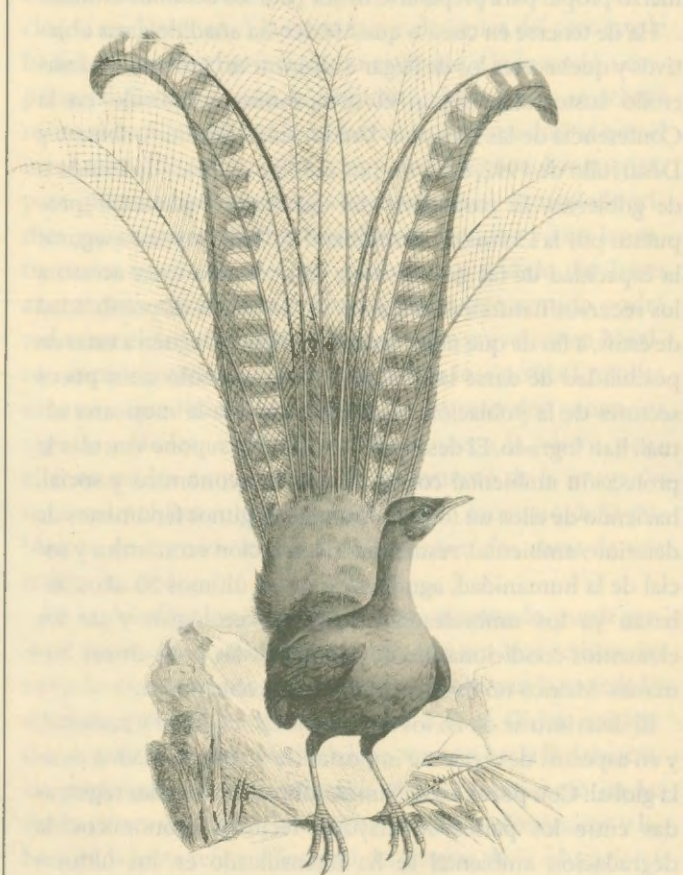
Empezamos a transitar por una época en que muchas conmemoraciones, en este caso de la creación del Consejo Nacional de Población, son reflejo de una etapa nueva de modernización e institucionalización de la vida social y económica de México.

En 1973 se adoptó formalmente, por ley y con apoyo en una reforma constitucional que entró en vigor un poco después, una política de población que, además de reconocer la existencia de una demanda de planificación familiar, enunciaba el compromiso del Estado, de atenderla. Éste y la sociedad civil asumieron de hecho la obligación de vigilar todas las variables que pudieran influir en el número de los habitantes del país, tanto las propiamente demográficas, basadas en la ciencia de la demografía, como las indirectas, de carácter social y económico, urbano y territorial. La población dejó de ser un número cuyo monto creciente se medía por medio de enumeraciones censales; principió a considerarse como un elemento dotado de diversas características—edad, sexo, lugar de nacimiento y de asentamiento, movilidad territorial, estado de salud, grado de educación alcanzado, ocupación, representación en la familia, capacidad reproductiva y esperanza de vida— interrelacionadas todas ellas con cambios en las estructuras económicas y sociales, con acontecimientos manifestados con diversa intensidad, representada en ciclos no coincidentes, con causas y efectos complejos de mediano y largo plazos.

En 1964 se había iniciado en El Colegio de México un programa de investigaciones demográficas y estudios de posgrado, teniendo en cuenta valiosos antecedentes aislados y buscando la cooperación y la difusión con otras instancias académicas y con instituciones del sector público, así como con organismos internacionales y medios universitarios de otros países. Se previó dotar a los estudios poblacionales de bases sólidas, en el marco de las tendencias y la problemática del desarrollo económico y social. A la vez, se procuró hallar mediante las investigaciones, las características específicas del cambio demográfico de México, sin otorgar a ninguna teoría determinismo alguno.

No me corresponde referirme a los resultados de los programas de El Colegio de México, salvo para poner de relieve que en 1970 se pudo presentar un análisis moderno de la dinámica demográfica de México en los términos antes apuntados, y que dicho estudio fue un antecedente que auxilió al Estado mexicano en la formulación de la nueva política de población, que incluyó el apoyo a la planificación familiar. México llegó así a la Conferencia de las Naciones Unidas convocada en Bucarest en agosto de 1974 con una política de población formulada en el sector público con la colaboración de instituciones académicas, de la profesión médica y del trabajo social, y de otras diversas esferas. En esa conferencia la delegación mexicana desempeñó un papel destacado, sobre todo en la redacción del Plan de Acción para las Naciones Unidas y para los gobiernos participantes en materia de política de población, reconoci-

nar la atmósfera, tendrá que cambiar; se verifica, además, que la destrucción de los bosques y otras formas de vegetación equivale a incrementar las emisiones de carbono a la atmósfera. México ha emprendido políticas y programas para contrarrestar el deterioro ambiental y sentar las bases de un posible desarrollo sustentable futuro, en cooperación con otros países. Pero a cinco años de la Conferencia de Río de Janeiro, ninguna nación —y México menos— ha logrado reorientar sus estrategias económicas y sociales hacia el desarrollo sustentable; a su vez, son pocos los que han emprendido políticas ambientales de gran alcance, integradas a los procesos económicos, sociales y administrativos. México no se encuentra todavía entre estos últimos, y tendrá que asumir su propio compromiso con su propia colectividad para reafirmar una etapa futura de desarrollo económico y social.



Una vez concluida la transición actual de abandono de la economía de crisis, que podrá tomar todavía algunos años, México podrá entregarse a un proceso de desarrollo sustentable —el gran desafío del siglo XXI. Ello entraña reexaminar todo lo que se ha hecho, evaluarlo y aquilatarlo, definir prioridades a largo plazo dentro de las diversas opciones y escenarios que puedan formularse, en un enfoque analítico sistémico, y llevar los análisis a los niveles de decisión política e institucional por consenso democrático. Nada de esto se

da ésta ya como elemento central de la convivencia futura de la humanidad. La investigación demográfica previa, hecha en México fue valiosa, así como la aplicación de sus resultados, como lo fue la comunicación interdisciplinaria que constituyó el eje metodológico del trabajo realizado, entre médicos, economistas, funcionarios y representantes del sector privado, además de los demógrafos.

La creación del Consejo Nacional de Población institucionalizó la política de población y contribuyó al seguimiento de sus resultados, a la evaluación de los programas públicos y privados, y, más recientemente, al avance en el conocimiento de los cambios poblacionales, así como al mejoramiento de la información de base. A su vez, los estudios de demografía en El Colegio de México se han profesionalizado cada vez más y se han extendido a otras instituciones universitarias en la capital y en las entidades federativas; cabe señalar que gozan de amplio reconocimiento internacional. La lista de publicaciones sobre temas demográficos es ya larga, y la cooperación entre las esferas académicas de México y las de otros países se ha intensificado.

La problemática demográfica de México continúa presentando desafíos de orden social y económico. Pocos países han experimentado las fuertes migraciones internas que se han registrado entre las áreas rurales y urbanas de México, con amplios alcances territoriales, incluso hacia el exterior del país; pocos países se han urbanizado con la velocidad de las ciudades grandes y medianas de México, rebasando la capacidad de éstas para dotar a sus habitantes de los servicios necesarios; en pocos países se percibe el efecto demográfico en el desempleo y el subempleo con la intensidad con que ocurre en México. Ello resulta de la falta de dinamismo adecuado de la economía mexicana en relación con las estructuras demográficas, lo mismo que de la insuficiencia de los programas de planificación familiar que la población demanda a la luz de los diversos factores que inducen a la familia a limitar el número de sus hijos, a posponer el primer embarazo y a abrir intervalos más largos en la procreación, asumiendo responsabilidades familiares plenas, evitando nuevas enfermedades y asegurando la salud de las generaciones jóvenes y las venideras.

En el siglo cuyo arribo ya vislumbramos, no serán los números o las tasas de crecimiento de la población, o su velocidad migratoria, lo que debiera servir como punto de referencia, sino la posibilidad de dotar a la población que resulte de la interacción de las variables demográficas, de las condiciones de calidad de vida y de las oportunidades de mejoramiento económico que debe merecer a lo largo de las próximas generaciones. Este objetivo sería parte de una estrategia de desarrollo sustentable que tenga en cuenta la conservación de los recursos naturales, la instalación de tecnologías y hábitos que eviten las contaminaciones rurales y urbanas, y el aseguramiento de acceso a información, a recursos, a servicios de capacitación y de gestión, a posibilidades reales de empleo y mejoramiento social. Todo ello podrá redundar, a su vez en indicadores de la progresión demográfica más acordes con las esperanzas de la población misma.



No creo que la planificación familiar como instrumento para que las parejas tomen sus propias decisiones sobre el número y espaciamento de sus hijos, derecho que consigna la Constitución, deba ser un elemento de controversia en una política de población. Si existe demanda de servicios de planificación familiar, la sociedad debe hacer frente a ella con todos los instrumentos necesarios, con plena libertad de elección. En el sector público se requiere todavía mucha más cooperación de la que se practica, y entre el sector público y el privado, con la sociedad civil misma, se necesita todavía mejor comunicación y más apertura de oportunidades, con el respaldo de las instancias médicas, sociales y económicas que hagan posible ejercer este derecho social.

Ceremonia Conmemorativa de los 25 Años  
de la Creación del Consejo

México, D. F., 25 de marzo de 1999

PALABRAS DEL PROFESOR VÍCTOR L. URQUIDI  
DE EL COLEGIO DE MÉXICO

ha hecho en México hasta la fecha, fuera de algunos diagnósticos y algunos análisis parciales, y otros más sistémicos, como el emprendido por la Sección Mexicana del Club de Roma en un estudio reciente. Será para México una de las principales tareas en el marco de la globalización, puesto que ninguna nación podrá ya aislarse de las demás y porque, por muchas razones y compromisos, la sociedad y la economía mexicanas estarán de aquí en adelante, en forma creciente, bajo la mirada internacional y no sólo la de los electores nacionales.

V. L. U. ☾

Ilustraciones de estos artículos: *Aves del mundo*. Las imágenes más bellas creadas por los naturalistas del siglo XIX, H. Aramata, Anaya, 1989.



DAVID PANTOJA

# La cátedra Von Humboldt

Dr. Francisco Barnés de Castro  
Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México

Dr. Werner Reichenbaum  
Embajador de la República Federal de Alemania

Sra. Annette Klein  
Primera Secretaria de Asuntos Culturales

Mtro. Xavier Cortés Rocha  
Secretario General de la UNAM

Mtro. Gonzalo Celorio  
Director de la Facultad de Filosofía y Letras

Dra. Juliana González  
Ex directora de la Facultad de Filosofía y Letras

Mtra. Cristina Puga  
Directora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Dr. Dietrich Briesemeister  
Representante del Servicio Alemán de Intercambio Académico

Dr. Dietrich Rall  
Coordinador de Cátedra



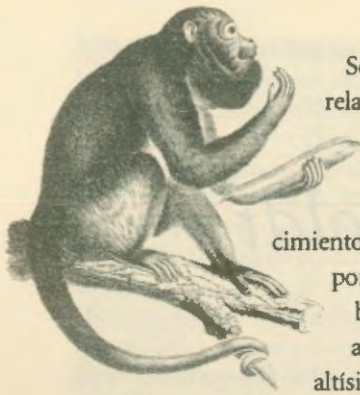
Con la honrosa representación del presidente de El Colegio de México, Dr. Andrés Lira González, comparezco a celebrar con ustedes este feliz acontecimiento, consistente en la inauguración de la Cátedra "Hermanos Humboldt", que sin duda alguna beneficiará a profesores y alumnos de esta Casa de Estudios y de El Colegio de México.

Para El Colegio de México, pero es mi convicción que también para la Universidad Nacional Autónoma de México, tiene un preciado valor simbólico el establecimiento de una cátedra apoyada por el gobierno de la República Federal de Alemania.

Me explico. Como todos saben, el antecedente de El Colegio de México es La Casa de España en México, cuya fundación está íntimamente vinculada con ese doloroso episodio histórico que fue la guerra civil española. Ante el inminente peligro y persecuciones que amenazaban a universitarios e intelectuales españoles comprometidos con la República, el gobierno de México, a instancias de Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas y Genaro Estrada, entre otros, abrió las puertas del país para dar asilo a los perseguidos por el régimen franquista.

Una vez a salvo en territorio mexicano y con objeto de proporcionarles un lugar que sirviera de centro de reunión y de trabajo, que permitiera a los transferidos proseguir con sus tareas de docencia e investigación interrumpidas por la guerra, se creó La Casa de España en México, por decreto del presidente Cárdenas, publicado el 20 de agosto de 1938.

Ante la evidencia de la derrota de la República en España y el inminente cambio de gobierno en México, se decidió hacer una importante transformación de La Casa de España que, sin renuncia de su herencia española, se desligara de una situación circunstancial y se arraigara, en cambio, en un contexto nacional más firme, por estar ligado a realidades mexicanas. Es así como el 18 de septiembre de 1940, nació El Colegio de México, no sólo extendiendo su planta de docentes y alumnos a intelectuales y becarios mexicanos, sino ampliando sus propósitos de docencia e investigación.



Se preguntarán con razón ¿qué relación se puede encontrar entre el origen de El Colegio de México, relatado tan apresuradamente, con el establecimiento de una cátedra auspiciada por el gobierno alemán? La simbólica liga a la que he querido aludir al hecho de que en un altísimo porcentaje de esos científicos y humanistas españoles, ligados de una u otra manera a La Casa de España y a El Colegio de México, pero también a esta Universidad habían sido formados en Alemania. Decía de ellos Emilio Uranga en una entrevista: "[...] Nos hicimos con ellos, ellos nos hicieron [...]" Aquí andábamos rascándole las costillas al siglo XIX y ellos traían consigo la Europa vigente, a Alemania sobre todo. Venían al día. El francés era bueno para espulgar exquisiteces; el inglés no existía; el alemán era la lengua de la reflexión [...]"

¡Cuánta razón asistía a Uranga! Formados en el rigor de las universidades alemanas, estos queridos profesores nuestros nos franquearon la puerta de acceso a los grandes sistemas de pensamientos forjados por la lengua y la civilización alemanas. Por quien, sino por estos intelectuales españoles es que oímos hablar en la cátedra de Scheller, de Heidegger, de Fichte o de Leibnitz. En mi particular caso, si abrevé en la Teoría del Estado Alemana clásica, es decir, si tuve acceso a las aportaciones de Gerber, Laband o Jellinek, fue gracias a las cátedras de Pedrozo o de Recassens Siches; o si en la Teoría del Proceso tuve referencias de Windscheid y Muther, fue gracias a Alcalá Zamora.

No podría dejar de mencionar la titánica obra llevada a cabo por esa estirpe de traductores españoles, que sirve de puente entre los lectores mexicanos y los de lengua española y las obras fundamentales de la cultura alemana. Los nombres de Jaspers, Huserl, Jaeger, Buber, Stamler, Burckhardt, Von Ranke, Marx o Weber estarán para nosotros por siempre asociados a los de Gaos, Roces, Medina Echavarría, Imaz o Xirau.

Este preciado valor simbólico de establecer una cátedra alemana en instituciones académicas mexicanas se acrecienta por el nombre que ésta llevará. Como mexicanos, debemos tener en alta estima que el gobierno de la República Federal de Alemania haya considerado el nombre de los hermanos Humboldt para

designar a esta cátedra. No podía ser más afortunada esta elección.

Expresaba Alejandro Humboldt "[...] Ojalá que mi trabajo [...] que empecé en la capital de la Nueva España pueda ser de alguna utilidad a los que la suerte destina velar por la prosperidad pública [...]" Y por supuesto que su ambición se cumplió con creces: *El ensayo político sobre el reino de la Nueva España* fue, es y será fuente de consulta obligada para todo el que quiera allegarse de información geográfica, económica, antropológica, sociológica, lingüística o histórica de nuestro país. Sin hipérbole, me atrevo a calificar a esta obra de hazaña intelectual, que ha permitido a generaciones enteras conocer y amar a México.

Que mejor forma, entonces, de rendir homenaje al ilustre humanista alemán, que nos abrió las ventanas del conocimiento de nuestro país, que fundar una cátedra que lleve su nombre y lo comparta con el de su no menos ilustre hermano Guillermo, fundador de una de las grandes universidades alemanas y cuyas aportaciones a la Teoría del Estado



y a la Teoría Constitucional nos fueron dadas a conocer, por cierto, también merced a la traducción de Roces.

Distinguido Sr. Embajador Reichenbaum:

Sea usted portador del mensaje de agradecimiento de El Colegio de México a su gobierno por haber acogido generosamente la feliz iniciativa de crear esta cátedra y sean, entonces, bienvenidos a nuestras casas de estudio los distinguidos profesores Briesemeister, Werz, Bernecker y Bieber a dar continuidad a esa paciente labor de acercar a los universitarios mexicanos a la cultura alemana.

Muchas gracias

19 de octubre de 1998. €

# Cincuenta años de la República Federal de Alemania

En términos comparativos, con los países latinoamericanos, 50 años de vida independiente son un corto periodo. Visto desde la perspectiva de la historia alemana, celebrar el quincuagésimo aniversario de existencia de un Estado nacional es un importante acontecimiento.

- El primer Estado Nacional alemán moderno, el imperio forjado por Bismarck perduró 47 años (de enero de 1871 a noviembre de 1918 exactamente).

- La república que sucedió a este imperio, la primera en la historia alemana, aquella de Weimar, no consiguió llegar a los quince años de vida, cuando su existencia fue extinguida por una serie de decretos facultativos del nacional-socialismo en el correr de la primera mitad de 1933.

- Con sus doce años, el Tercer Reich tuvo duración aún más efímera que aquella primera república.

- De la barbarie y destrucción legada por el nacional-socialismo y a consecuencia de la guerra fría surgieron dos nuevas repúblicas alemanas. La una, la República Democrática Alemana, escasamente consiguió sobrevivir a su cuadragésimo aniversario.

La República Federal de Alemania es por lo tanto el Estado nacional de mayor longevidad que ha conocido la historia moderna alemana.

Si bien ya sólo este hecho amerita conmemorar el evento, a él se agregan otros, no sólo de igual, sino hasta de mayor trascendencia. Entre 1871 y hasta nuestros días, no ha existido una Alemania a la vez

- tan activa y poderosa en lo económico
- tan razonablemente equitativa en lo social
- tan democrática y pluralista en lo político e
- internacionalmente tan respetuosa de la convivencia

pacífica con todas las naciones como aquella creada el 23 de mayo de 1949.

Es a partir de estas aseveraciones que deseo abordar sumariamente dos cuestiones:

- 1) hacer referencia a los factores determinantes de tan loable éxito y
- 2) esbozar someramente algunos de los más acuciantes problemas que hoy enfrenta la República Federal.

Respecto al aspecto enumerado en primer término, los factores determinantes para el afianzamiento de la RFA en el transcurso del último medio siglo, se remontan al quinquenio inmediatamente anterior a su creación.

Hacia 1948 e inicios de 1949, el territorio alemán sobre el cual emergió la RFA contaba con abundante y calificada mano de obra. Esto fue producto del aluvión humano que se desplazó, o fue violentamente arrojado a aquella región a partir de fines de 1944.

En junio de 1947 este elemento humano ansioso por reconstruir su devastado país logró contar con el capital necesario para emprender la faena, gracias a los medios otorgados por el Plan Marshall.

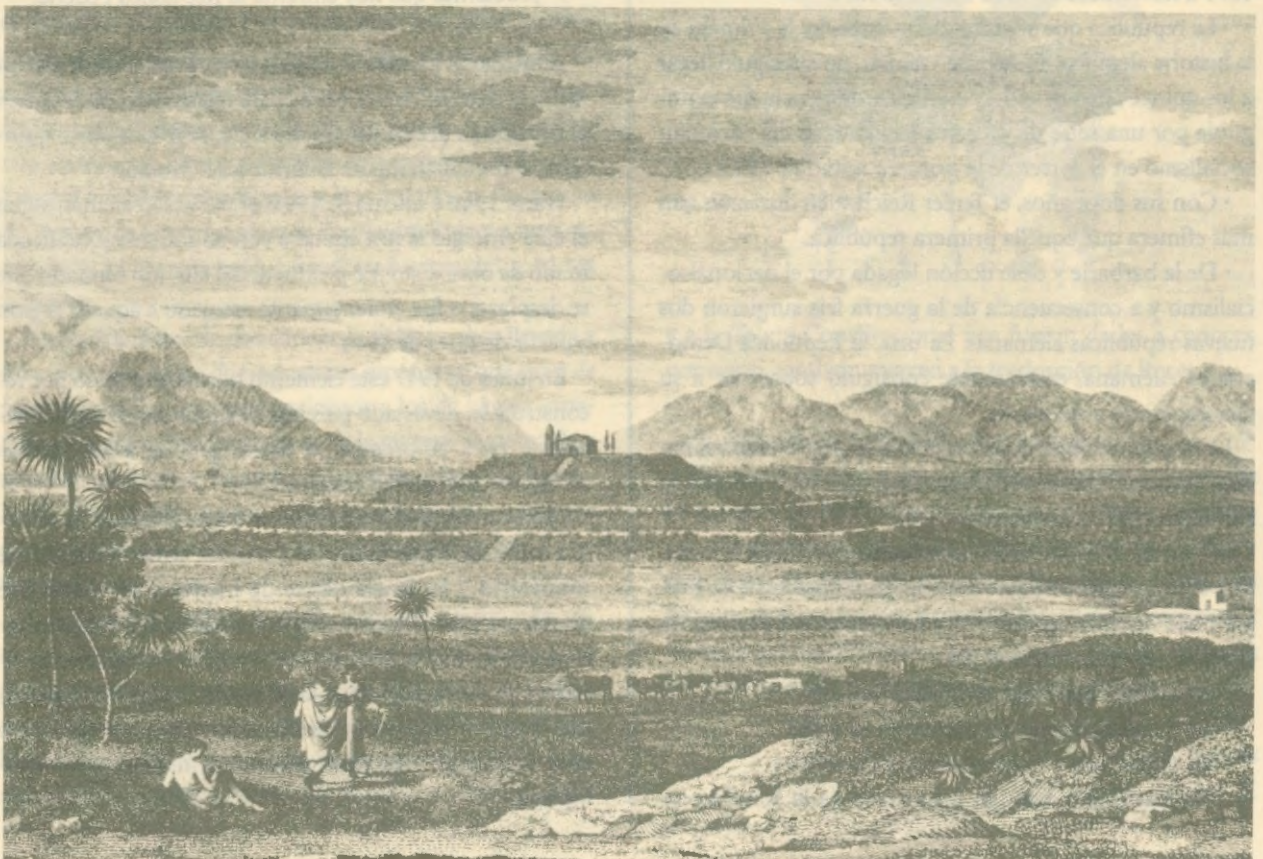
- Exactamente un año más tarde, se produjo la reforma monetaria que eliminó el desfase entre el circulante monetario y la escasa oferta de bienes y servicios y se estableció paralelamente aquel modelo económico caracterizado por una combinación de economía de mercado y preocupación por la cuestión social, aparejada a una estricta ortodoxia monetaria —aquello que años más tarde llegó a denominarse *variante renana del capitalismo*.

Si bien es siempre problemático plantear *a posteriori* la pregunta ¿qué hubiese sucedido de haberse dado o no este o aquel acontecimiento?, no es desatinado suponer que la exitosa empresa denominada RFA probablemente no habría sido la misma sin la conjunción de los factores enumerados. Fueron éstos, los que permitieron el imponente despegue económico ya a fines de los años cuarenta e inicios de los cincuenta.

Un notable proceso de industrialización en las tradicionales ramas de bienes de producción y de productos químicos y eléctricos, pujante industria de automotores, mano de obra laboriosa y altamente calificada gracias a eficiente formación profesional y financiamiento industrial centrado en el sistema bancario confirieron considerable competitividad internacional a la economía, determinando su marcada orientación al mercado internacional. Los superávits en la balanza comercial facilitaron políticas sociales distributivas que favorecían a prácticamente todos los estratos de la población, determinando respetable homogeneidad en la distribución de la riqueza y, concomitantemente, la integración de asalariados y del movimiento sindical al sistema.

Sin embargo, sería burdo reduccionismo economicista explicar los logros obtenidos en cinco décadas a partir de lo enunciado. Indudablemente otros factores tuvieron incidencia decisiva. Al respecto me limitaré a mencionar sucintamente seis de ellos:

1) En notorio contraste con lo ocurrido durante la República de Weimar, después de 1945 se consumó en el seno de las élites económicas y en un importante sector conservador una marcada reorientación política, la cual fue parcialmente producto de la hecatombe producida por el nacionalsocialismo y, al menos inicialmente, simple oportunismo. La presencia del Ejército Rojo en las márgenes del río Elba y las vigorosas demandas de expropiación de la gran industria y de la banca en las zonas de ocupación occidentales promovieron en ellos una disposición favorable a los principios democráticos y liberales angloamericanos. Mientras que magnates de la economía y líderes políticos, muchos de ellos rehabilitados con rapidez, no reavivaron sus sueños imperialistas materializados brutalmente entre 1939-1945, funcionarios públicos que habían servido ya a dos regímenes anteriores reaparecieron en sus escritorios sin retomar la sutil postura asumida





entre 1919-1932 de respetar al Estado despreciando su orden democrático. Por su parte, la expropiación de los grandes latifundios al este del Elba destruyó la casta de los Yunkers, convirtiendo a la inmensa mayoría que huyó a las regiones occidentales de Alemania en ciudadanos con posibilidades de ascenso social muchas veces no diferentes a la de otros conciudadanos. Para estos grupos sociales mencionados, el sistema democrático y pluralista se presentó como opción idónea de reacomodo y sobrevivencia en los años posteriores al final de la guerra. Al fusionar a estas viejas élites con demócratas moderados, la Unión Democrática Cristiana y el Partido Democrático Liberal se convirtieron en la expresión política de esta profunda transformación.

2) Incidencia decisiva en el afianzamiento del sistema económico y político también tuvo la integración del factor capital y del factor trabajo. Con las atribuciones otorgadas a los consejos de empresa y con la creación de formas de cogestión a partir de 1952, los asalariados obtuvieron importantes derechos. Sindicatos y federaciones empresariales participaron de la política económica, sea mediante sus negociaciones autónomas sobre salarios y condiciones laborales, sea mediante acciones concertadas con la participación del Estado. La tradicional disposición de las agrupaciones de los asalariados y de entidades patronales públicas y privadas al concertaje y a dejar cuestiones políticas en manos de los partidos, del parlamento y del gobierno llegaron a tener impacto decisivo para la paz social y la estabilidad política.

La tercera condicionante para la consolidación del nuevo orden republicano se remite a la capacidad mostrada por los partidos de renovarse socialmente y adecuarse programáticamente a nuevas realidades. La Unión Democrática Cristiana, que con debida razón hasta fines de la década de los sesenta fue calificada de partido de notables o partido del Canciller, logró transformarse a partir de entonces en una organización moderna de masas. Entre 1970-1977 duplicó su número de afiliados al conseguir atraer a una gran cantidad de protestantes, de jóvenes y de mujeres, grupos hasta entonces subrepresentados en sus filas. En 1959, el Partido Socialdemócrata renunció a sus posiciones clasistas y aceptó incondicionalmente la economía de mercado, logrando de esta manera obtener el apoyo de amplios sectores asalariados de clase media y de obreros católicos tradicionalmente vinculados con la Democracia Cristiana. Por su parte, el Partido Democrático Liberal, que durante dos décadas tuvo su base social entre campesinos protes-

tantes, artesanos, comerciantes y empresarios ostentando una marcada orientación nacionalista-conservadora, se convirtió en polo de atracción para empleados, funcionarios y jóvenes profesionales liberales al retomar viejas tradiciones eminentemente liberales progresistas.

4-5) La ausencia de poderosas fuerzas contestatarias de extrema izquierda y extrema derecha, como aquellas a las que se vio enfrentada la República de Weimar desde su inicio y (también aquí a diferencia de lo acontecido en esa república) la eficaz subordinación de las Fuerzas Armadas al orden democrático, son dos elementos relevantes adicionales que explican el arraigo de los valores constitutivos establecidos entre 1948-1949.

Este arraigo fue, a su vez —y con ello el paso al sexto y último factor—, producto de la capacidad del sistema de asimilar transformaciones en su código de valores, hecho que permitió ampliar y enriquecer su carácter pluralista. Los aproximadamente 12 000 000 de alemanes huyeron o fueron expulsados de Europa Oriental y Central entre aproximadamente 1944-1949, y se asentaron en la parte occidental de Alemania, contribuyeron decisivamente a transformar el carácter rural en muchas regiones y a promover la tolerancia confesional. Ellos jugaron un importante papel en el proceso de modernización de carácter conservador que conoció la República Federal de Alemania a partir de fines de los cuarenta e inicios de los cincuenta, al aportar, por un lado, elementos innovadores y progresistas respecto al desarrollo económico y al retener por el otro, su conducta política conservadora. Escasamente una década y media más tarde, la tradición conservadora con marcados rasgos autoritarios que había sobrevivido en la República comenzó a ser cuestionada vigorosamente por una juventud que se hacía eco del estilo estadounidense de vida y depositaba su confianza en un crecimiento material sin límites, mientras que una rebelión estudiantil, que llegó a permear a sectores del movimiento sindical y de la socialdemocracia, actualizó los debates sobre democracia y autoritarismo, fascismo y restauración, centro y periferia mundial, terminando por cuestionar el descontrolado desarrollo de las fuerzas productivas. Productos de esta rebelión fueron iniciativas cívicas y, sobre todo, el surgimiento de tendencias ecologistas cuyo ingreso a municipios y parlamentos estatales data de fines de la década de los setenta.

El pujante proceso de industrialización, el alto grado de inserción en el mercado internacional, el bienestar y la paz social así como un amplio consenso político respecto a las

normas y valores fundamentales del sistema determinaron que escasamente una década después de su creación, la República Federal de Alemania llegase a ocupar uno de los primeros lugares entre las naciones más desarrolladas del mundo, tanto por su desarrollo económico y participación en el comercio internacional como por el ingreso per cápita de sus habitantes.

Hoy, y con ello paso a la segunda parte de esta exposición en la que haré breve referencia a los problemas actuales, la reconstrucción económica de la parte occidental de Alemania y la gestación de su sistema político son historia. La generación que la plasmó ha desaparecido. Sus hijos, que han disfrutado a sus anchas el bienestar generado a partir de la década de los cincuenta, han rebasado de lejos la primera mitad de su vida y muchos de ellos ocupan hoy destacados lugares en la esfera económica, política y cultural de la nación. Éstos, y muchos más aún sus descendientes, que ya han ingresado a universidades o a la vida laboral, enfrentan realidades y problemas diferentes a la generación que forjó la República Federal.

Los años dorados de esta República, enmarcados en los decenios de los cincuenta y los sesenta, pertenecen a un pasado cada vez más lejano.

A mediados de la década de los sesenta, la República, por primera vez desde comienzos de su despegue económico, se vio enfrentada con una ola de despidos laborales. De ahí en adelante, el desempleo comenzó a crecer hasta convertirse en fenómeno masivo con carácter estructural. Paralelamente se produjeron recortes a los beneficios sociales, cuyas dimensiones se fueron ampliando como consecuencia de los crecientes déficit presupuestarios y mayor deuda pública. De finales de aquella década datan los primeros estudios sociopsicológicos que constataban un relajamiento de los lazos sociales y humanos, creciente temor al desempleo, incertidumbre respecto a la meta hacia la cual conduce el complejo e ininteligible engranaje de una sociedad altamente industrializada, así como la falta de orientación normativa respecto al incierto futuro. Inquietud que comenzó a crear incertidumbre respecto al derecho que tiene el individuo para desenvolverse libremente y su creciente subordinación a los imperativos de la racionalidad funcional del sistema.

En el transcurso de las décadas de los sesenta y setenta, una creciente competencia internacional, originada particularmente en el vigoroso desarrollo de países del este asiático, así como innovaciones científico-tecnológicas

que presagiaban la transición de la era industrial a la de informática y servicios, determinaron la crisis de diversas industrias alemanas (la textil, de confecciones, juguetes y óptica) y de importantes centros tradicionales de producción como la del carbón en la cuenca del Ruhr.

Con la reunificación de Alemania, consumada el 3 de octubre de 1990, 16 000 000 de alemanes que durante 40 años vivieron en un sistema totalitario, pasaron a formar parte por libre determinación del orden constitutivo de la República Federal de Alemania: de su economía de mercado y sus normas constitucionales. Más allá de toda otra ponderación, es este el hecho de mayor trascendencia respecto a la unificación. Debido a ella, en el correr de una década el panorama de ciudades y aldeas así como el estilo de vida de millones se ha transformado vertiginosamente, amoldándose cada vez más al de la parte occidental del país. La modernización y ampliación de las redes de comunicación, el saneamiento edilicio y el, ciertamente todavía limitado, surgimiento de pujantes centros industriales son logros tan incuestionables como lo realizado en el rango de integración administrativa, educacional, política o de las Fuerzas Armadas. Tanto éstos como otros éxitos, no pueden, sin embargo, soslayar los retos que enfrenta Alemania a consecuencia de la caída del muro y su ampliación geográfica. El más serio es indudablemente el elevado grado de desempleo en los cinco nuevos Estados. Pero, lo es también el hecho de que la economía de la parte oriental del país no consigue auto-sustentarse debido a la escasa generación de riqueza industrial: realidad que de acuerdo con todas las previsiones no logrará ser alterada en el futuro previsible a pesar de las masivas transferencias financieras del lado occidental. Dos problemas adicionales provienen de la disparidad de normas, costumbres, mentalidad y sentimientos entre poblaciones que durante 40 años han vivido y se han socializado en mundos marcadamente diferentes, así como de la desilusión de muchos alemanes orientales con el proceso de unificación. Alemanes occidentales y alemanes orientales leen por regla diferentes periódicos, prefieren otra literatura y otros canales de televisión, su comportamiento electoral difiere, al igual que su apreciación de democracia, socialismo o economía de mercado.

A estos retos de la reunificación se yuxtaponen aquellos derivados de las políticas de ajuste estructural. Situación que desde hace más de un decenio ha llevado al intenso debate sobre las perspectivas de Alemania como centro industrial.

Al conjunto de problemas enumerados se agregan otros. Así, el desfase en el desarrollo entre los viejos y los nuevos estados federados, déficit en el ámbito de la instrucción, acerbas discusiones ecológicas, un inmenso déficit en las finanzas públicas, dilemas constitucionales, preguntas respecto a la identidad nacional y al papel del país en el turbulento escenario europeo. Todos estos aspectos irrelevantes hace pocas décadas, en algunos casos hace escasamente un decenio, constituyen hoy la agenda de preocupaciones de Alemania.

¿Es que la República Federal conseguirá superar estos desafíos como otrora logró levantar al país en ruinas?

Hechos absolutamente imprevistos, como la vertiginosa reunificación del país entre noviembre de 1989 y octubre de 1990 o el resurgimiento de sangrientos conflictos étnicos en el Viejo Continente cuando no han transcurrido todavía 60 años de finalizada la segunda gran conflagración mundial, son señal de alerta suficiente para abstenerse de profecías respecto al decurso histórico, particularmente cuando éste enfrenta problemas de colosales dimensiones.

El resultado de las elecciones del 27 de septiembre de 1998 para conformar un nuevo parlamento federal no fue simplemente un contundente rechazo a opciones de tinte extremista para enfrentar los desafíos que actualmente encara la República Federal. Prueba, a su vez, la vigorosa fuerza que a medio siglo de su institucionalización tiene el cimiento medular del orden constitutivo republicano: su democracia liberal y pluralista. Con una elevada participación electoral de algo más de 82%, casi 89% de los sufragios fue otorgado a los cuatro tradicionales partidos eminentemente democráticos del país. Más aún: una población que a lo largo de 50 años había demostrado ser reacia a votar en favor de los cambios de gobierno, esta vez manifestó claramente su deseo de que los partidos de oposición conformen el nuevo gobierno. Si hasta el presente los únicos tres cambios gubernamentales acaecidos en la República Federal de Alemania fueron producto de una restructuración de alianzas en el seno del parlamento, ahora por primera vez, las urnas terminaron por imponerlo. Al respecto no es superfluo señalar que también la población de los nuevos Estados mostró en aquellas elecciones una notable confianza en el sistema democrático pluralista. Hecho significativo si se considera su desconfianza hacia la política y sobre todo a promesas de los partidos, ya sea por no haber conocido a partir de 1933, sino regímenes totalitarios, ya sea por decepciones con éste o aquel resultado de la reunificación.

Con el resultado electoral de fines de septiembre de 1998 el pueblo alemán ha reiterado la convicción de que sus problemas pueden y deben solucionarse en el marco de una economía de mercado, de la democracia-liberal, del Estado de Derecho y del Estado Social.

Entre las cuatro fuerzas políticas más importantes del país así como entre las grandes corporaciones de la sociedad civil existen consensos sustanciales. Sobre todo la certeza de que el modelo de producción industrial sobre cuyas bases la República Federal de Alemania logró desarrollarse tan exitosamente, está en vías de desaparición definitiva. De ahí la unanimidad de criterio sobre la necesidad de fomentar innovaciones científico-tecnológicas que permitan conservar el potencial económico del país y de tomar medidas para evitar que en el marco de la creciente globalización, partes cada vez mayores de su producción y sus recursos financieros sean trasladados al extranjero.

Debido a que los partidos representados en el Bundestag no han logrado elaborar ninguna concepción consensual para encarar los principales problemas económicos y sociales, la política en el correr de los noventa se caracterizó por un eminente pragmatismo. Uno u otro problema se ha buscado solucionar de manera *ad hoc*, cuidando, en definitiva, de no destruir radicalmente las bases del modelo renano del capitalismo. En efecto, Alemania no ha conocido un thatcherismo.

Si en el correr de la segunda mitad de la década de los cuarenta, la parte occidental de Alemania enfrentó la colosal tarea de reedificar una nación sobre la base de los esenciales valores humanistas, hoy, medio siglo más tarde, el país reunificado encara otros problemas no menos difíciles de resolver. Un aniversario, más aún uno importante, no demanda de vaticinios. En él en cambio sí cabe expresar deseos. Valga entonces expresar el siguiente: esperemos que las élites de la República Federal de Alemania, particularmente la política, tengan el coraje y la energía para enfrentar y buscar soluciones a las cuestiones apremiantes de interés nacional y que su población no pierda el espíritu republicano y democrático que ha cultivado en este último medio siglo. La segunda república creada en territorio alemán llegará así a su aniversario de diamante, con el respeto y la admiración internacional que se ha granjeado en los primeros 50 años de existencia. Para entonces los problemas que enfrenta hoy, serán Schnee von gestern (nieve del ayer) y ya serán los bisnietos o tataranietos de sus forjadores los que tendrán que romperse la cabeza con otros nuevos desafíos. €

# Nabí

En 1940 el escritor catalán transferrado Josep Carner, quien fue miembro de La Casa de España y de El Colegio de México en sus orígenes, publicó su propia traducción de Nabí al castellano —el original en catalán había aparecido en Argentina el año anterior— en una bella edición de la Editorial Séneca, hoy joya bibliográfica. Se trata, sin lugar a dudas, de uno de los grandes textos fruto del exilio español. En los sesenta años de dicho exilio y como un homenaje al poeta rescatamos el poema para el lector mexicano. (JME)

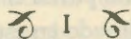
**N**abí (profeta) quiere decir en hebreo vocero o intérprete; pero es voz que, como recuerda el propio Spinoza, vale siempre en las Escrituras por intérprete de Dios.

## Nota preliminar

En la triste pendiente de 1938, viviendo mis angustias de patriota y de hombre en un mundo abertal y sin rocío de santidad, quise entregarme de nuevo al encanto de una muy venerable leyenda: la irónica y dulcísima didáctica del perdón. En aquel otoño parisiense, escribí prácticamente, todo mi poema, fiel a mi nativa lengua catalana, contra la cual se encarniza hoy una Nínive pigmea.

En 1939, ya entre estos nobles valedores mexicanos, vertí mi poema a lengua castellana, con fines como de más acercada plática. Siguen en el mundo la opresión del espíritu y los amagos soterraños; pero yo prefiero ser anacrónico y, como el niño dormido que cantó el poeta, sonreír a lo que descubro con cerrados ojos.

J. C.



Apenas, sobre el viento, acechó la mañana de alta ceja bermeja,  
torpe en yacija de retamas despegábase  
Jonás, el aguijón de un mandamiento.  
—Ve al resplandor de Nínive, trastorna los oídos,  
retumba en la ciudad:

“Yo, Jehová, soporté vuestras iniquidades;  
mis manos se cansaron de su agobio”.  
Mas Jonás, hijo de Amittai, guardábase remiso. Todavía  
turbio del sueño, mal de sí tirando,  
los dedos retorció por no tomar su vara  
ni el zurrón descolgar de la breña.

No, decía Jonás,  
por esta vez pase de mí tu llamamiento.  
Cansado estoy  
de mis visiones y jornadas.  
Acabe el torbellino de remecer mis días.  
¿Quién, di, me haría caso?  
Ya no sé erguirme contra el cingulo del cielo  
para invocar mi maldecir.  
Y mayo como el ave nocturna: adelgazóme  
el habla la vejez.

Ya no soy fiero, sino ruina de tristeza.  
Dame que pueda, al borde de mis postrimerías,  
hacerme perdidizo.  
Como otros hombres. Como el que en ningún susurro te  
distingue.  
O aquel con quien te callas.  
Séanme iguales uno y otro día  
y cada surco de la sementera.  
Caduco, ya sus moldes no trueca el alfarero;  
la vieja limpia al alba su casa, en tino ausente.  
Hazme insensible a tu latido  
como quien va comiendo su pan y en él se huelga  
sin pensamiento que de él le divida;  
o como quien de puro cansado nada añora;



o como quien no supo nunca  
 suspirar por lo nunca venidero.  
 Hubo un tiempo, Jehová, en que tú no oprimías mi vela,  
 ni me lanzabas de pronto a las sendas extrañas.  
 Tenía buen oficio, y a llanos menesteres  
 me inclinaba la brisa matutina.  
 Vivía en mi lugar, en lindero de bosque:  
 cuanto podía, el companaje ahorraba,  
 ansioso de mercar mi viña en la ladera.  
 Buscaría mujer, ya techada mi casa,  
 y, celado en la noche, plantaría linaje.  
 (Porque es bueno que el hombre tenga un sitio,  
 y que al volver de la labor del día  
 se siente en el umbral a holgarse en las estrellas,  
 y su mujer acercándose paso,  
 diga en dichosa pesadumbre: de haber nacido estoy  
 pegada).  
 Un día  
 cerca de mí pasaba un pordiosero,  
 barba y cabello amasados en polvo,  
 trémulo dedo amenazando el mundo,  
 y veía y gritaba, pero ausente  
 en la mirada y en la voz encandecida.  
 Iban con él muchachos en séquito de burlas:

—La rama le ha tundido, le salpicó la ciénaga.  
 —¿En qué bodega malnaciste, odre de vino?  
 Le hirió la punta de un guijarro  
 y él no sabía de la sangre por su frente.  
 Por el claro alamar que el cielo y tierra enlaza  
 lleno de Dios a tropezones iba.

Y yo, volviendo a mi herramienta,  
 Jehová, te di las gracias  
 por mi lugar tranquilo y mi trabajo,  
 por el alero de mi fe  
 y tu ley de incesante cantinela,  
 y tus preceptos, sombra feliz de mi sendero:  
 para que nunca tu furor me revolviere  
 como al vilano en la oquedad de un remolino.

Mas por tres años inseguros  
 mi huerto consumieron las plagas y el pedrisco,  
 y canijas vinieron las mieses;  
 y robó en el aprisco las ovejas  
 un príncipe que a cuestras  
 lleva la tienda por los arenales;  
 y yo, tocado por una saeta,  
 embarulladamente hablé, como sin seso.  
 ¿Qué habíanme valido trabajos y paciencias  
 y el haber salmodiado la voluntad divina  
 y acechado la ley y guardado  
 la madeja de las obediencias?  
 ¡Ay de quien, justo, empínase como deidad de piedra!  
 Cuando nos hinche Dios y surge,  
 despoja al hombre  
 de su presunción de justicia.  
 Lanzado fui del bando  
 de las gloriosas gentes.

—Serás desecho, dijo la Voz, serás escándalo  
 de las virtudes carcomidas en su dicha.  
 Te bastará la suerte del mostrenco;  
 ve por senderos sin rodadas.  
 A quien te hablare, su mujer irá a decirle:  
 —¿cómo te mezclas con tal hombre?  
 Y tú, por más que albergue te nieguen los mezquinos  
 y ladren perros y chacales a tu paso,  
 darás mal de ojo a la belleza clara  
 y de miseria infectarás el goce y el deseo,  
 porque toda mirada, radiante o mortecina,  
 se inclinará de pronto, aventada en la fe:  
 como temblor de tierra vendré, como estallido de tormenta,

porque yo soy, y yo solo, Jehová.  
Y así fui por el mundo, piojoso, con tus leyes,  
turbia mi voz acaso en las alegorías,  
y pregonando retos y desahucios  
a reyes y naciones.

Y bien me contentaba yacer en paja poca  
y el pan tirado con la ajena mordedura,  
y la miel escondida en el tronco horadado  
y la mora arrancada de la zarza.

Mas siempre, ya rendido de sueño, ya jadeando por atajos,  
en el temor nocturno o en los llantos del alba,  
solo pensé en tu voluntad cuando mi cuerpo  
era valiente.

—Jehová, decía, quíereme entero, y es más pura  
su levadura en el descascarado vaso.

La pobreza marchita mis horas,  
pero me endereza la frente.

Mi mirada de solo en este mundo, al que ninguno humilla,  
siguió todos los vuelos de las aves,  
y mis harapos son remedo de sus alas.

Albricias, si por mis mengajos y estribillos  
despéjase mi vida de amigos tornadizos  
y roto ya el comercio con las preciadas honras,  
ofendo el oscilante mohín de las doncellas,  
la entronizada majestad del rico.

Te di, Jehová, mis fuerzas y mi medro.

Pero no mandes ya en mí tan prietamente.

¿Qué diera el buen deseo? No soy sino una sombra.

Y acabé por tan sólo hallar cobijo  
en bancos de rufianes y esteras de rameras,  
sin cobrar, malhadado, mas que afrentas

ahogadas en clamor de risotadas.  
Inútil era mi camino interminable.  
Ladeaba el sabio la cabeza hacia primores de su escrito.  
Los necios se mofaban de ti con sus queridas  
al son de lira y flauta, laúd y tamboril.  
Pasabas Tú detrás del vaho que se mecía en la ventana,  
como sin brío de abatir.

¿Y me llamas a mí, Jonás? Soy barredura  
del tiempo; me acobarda la luz, y en secreto del ánimo  
quisiera

el ocio blando que me denegaste.

Nada noble proviene de vileza,  
como no hay fuerza en la cola  
de un can.

¿Por qué te fiarías de un triste que se acaba?

Lo sé tal vez; la estirpe humana anda caída;  
no hay quien te escuche:

se llenan las centurias del son de tu palabra  
cual si o fueras válido y solamente eterno.

Los hombres buscan dioses en la demente fábula.

¿Por qué no hincas la garra en su destino?

Tú que consumirías el mal de un parpadeo,  
en las exhortaciones te dilatas.

Mezquino soy, mas cuéntame, oh terrible,  
porque el mal corre tanto y se rezaga el bien.

Hay quien roba en tu campo las gavillas

y entras en él de anochecido a tu rebusco.

Tú que mandas a innúmeras legiones

caminas en pos del perjuro

como si fueras

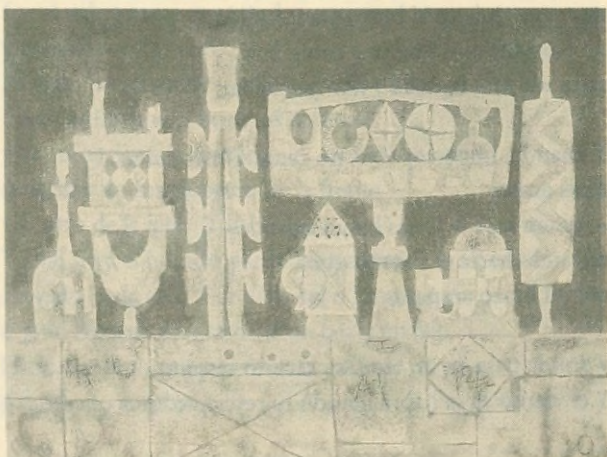
no su Señor sinó su sombra.



Y nadie curará de verte vivo  
ni entre la multitud que congregó tu nombre;  
y eres como ventana abandonada al viento  
en la casa vacía.  
Ni aterra tu amenaza ni ablanda tu consuelo,  
y pareces menguar en osadía  
como el mercader que se afana  
en vender una alfombra y le recorta el precio.

(Oh Nínive, cubil de centelleos y rugidos,  
ciudad osario de ciudades torturadas,  
hecha de Dios sobre Salem adúltera,  
¿quién en tus calles ávidas oyera  
mi voz, sino el infante que arrulla junto al seno de la  
madre?)

(Pero será avisado que recoja  
vara y zurrón; quien tiene  
zurrón y vara  
bien pasarse podrá sin compañero.  
Silbaba en poderío  
el viento cabalgando en las quebradas,  
y al fin, apenas mueve un brote.  
Con su tanto de espera  
viene el sosiego a todo.  
¿Se habrá de veras alejado  
la voz que me acuciaba?  
Quién sabe si me olvida  
Dios.  
No oí la voz en embeleco de la sangre,  
y sé que es cierta y que tal vez retorne.  
Vara, zurrón, venid conmigo  
que este paraje,  
que ella conoce, no es seguro.



Servirán al onagro los despojos  
de mi yacija. Pero ¿estoy bien suelto,  
o quedóse la voz entre las hojas  
para asaltar todavía a su presa?  
Parecen sosegadas las montañas.  
Todo está en orden, no hay un tallo roto.  
No arde mi frente ni mi corazón se angustia.  
Y oigo a lo más un murmullo de cañas,  
un abejorro... y el silencio.)

## II

Hombre perdido entre llamadas de caminos,  
hombre desamparado.  
A media ruta ignoras por qué no la deshaces,  
y vives sin saber ni conjetura,  
saeta en derechura  
al fin desconocido.

Yo, resonante boca, yo enviado  
a humillar a los pueblos y a sus reyes,  
hoy quíerome recóndito, con traza  
de desaparecido,  
perdido, sin deseo y sin sabiduría,  
en el cáliz de una isla envuelta en una nube.

Allá en el tiempo en que gané renombre,  
cualquiera que me viera  
hablaba quedo a quien tuviese al lado.  
Ya nadie se suspende y cuchichea:  
soy como todos.  
Y no me duele: que en la angustia de mi fuga  
la inadvertencia de quien pasa es mi provecho.  
Mi corazón se desinvita de lo humano: pavorosa  
huella de Dios.  
Y en los pliegues rugosos de la sierra  
guárdanme el tamarisco y el hinojo;  
que pase yo secreto y soterraño  
es mejor para Él.  
Y si yo no supiera que Él descubre  
en la más ciega cerrazón nuestro latido  
por guarida de roca me encavara  
o en pozo que cobija la cómplice maleza.  
En este mar de soledad mi alma desborda.  
Oh yerno, por tus artes

en mi interior mil pláticas se agitan.  
La quietud ensordece más que el ruido:  
un corazón es todo voces.  
Mas no traigo noticias de Dios. El aire en calma  
permite a mis oídos catar el fino vuelo  
del ángel que amistoso habló en mis naderías,  
mas falta el ángel mudo allegadizo  
con un pliego sellado entre los dedos.

Yo sé que de hora en hora  
sube el pecado en Nínive.  
El mismo sol al asomar pregunta:  
—¿debo aún dorar la iniquidad que crece?  
Y los cendales de la noche y las estrellas  
dicen cuando conjuran al reposo:  
—¿de piedad cubriremos todavía  
un sueño sin temores y sin llanto?  
Y en la ciudad todos se anegan en las ondas  
de la crueldad de su dragón, el río.  
De una roca, Señor, harías un profeta,  
¿pero estarás tras de su voz armado?  
Jehová, tu nombre permanece  
y vives circundado de luz inconfinada;  
en tu obra te embelesa el sueño de tus ojos  
y no quisieras verla cual es, devuelta al limo.  
Y la ramera del mundo aún relumbra;  
un aullido de víctimas sacude el cristal de los cielos  
y a abismo de pavora  
se precipita el día.  
Es adorado el crimen en piedra y en madera:  
¿qué fue de tus legiones?  
De tu albedrío suéltase la vida  
y al desacato nada empiece.  
Un siglo pasa: en tu bonanza duras  
hasta que la oración ya no llamea, consumida;  
mas ya que me creaste y con tu aliento me moviste,  
también mi afán es cosa tuya.  
Hasta de lo insensible se eleva a ti un gemido:  
¿castigarás tan sólo a quien quisiera verte destorciendo lo  
malo  
y que la tierra fuera como tú mandas y no impones,  
porque a cada pecado te subes más arriba de los cielos?  
En vano con el iris de la promesa faja el aire  
tu corazón, que en el perdón recae.  
Tiene aún el hombre la mirada baja;  
me aterrara, Señor, que no aterrases.  
Bien quisiera, Jehová, que mi pecado te moviese

a abatir sobre el mundo tus enojos,  
y rompiese el letargo de tus iras  
un hombrecito que huye.  
Pasada ya la tregua,  
aladas nubes cárdenas coronen tu semblante.  
No ha de contar mi vida:  
aplásteme tu pie cuando lo hollares todo.

Sigue el exhausto día un día nuevo;  
tu Voz no se repite;  
la distraída luz me desconoce  
ni hallo mensaje en cuanto veo.  
En otros tiempos al romper el alba  
bien conocía si te hallabas cerca;  
las ramas leves al cerrar la noche  
me susurraban: —Dios está contento—;  
y en mi yacija, tras mi codo vigilante,  
tu reprimenda  
en la zozobra de la noche embosquecida  
anudábame el pecho,  
pero me hacía compañía.  
Cada hoja moviase a tu aliento,  
cada silencio era un lugar religioso,  
en cada flor hallaba señal de tu mirada  
que la creó en el fondo de los siglos.  
Y ahora más me oculta que frondas y maleza  
el paso de tu mente que en mí no se ensimisma:  
prenda soy de tus manos deslizada,  
piedra que torna al pedregal.

Debo seguir mi acongojada ruta  
hasta que ya no me distingas;  
partir de Ti todo valor deshace  
como darse a mujer o a la acucia del oro.  
Y mi alma se complace en lo mezquino;  
que pues quieres al bravo y encendido,  
así para tus ojos seré una mota fina  
cada vez más barrida y más pequeña.

Y cuando, imperceptible, no causaré más cuitas,  
dirás acaso:  
—quien sabe si Jonás habrá existido—,  
mirando hacia el abismo que  
con tu brazo ampara

y donde pasa en un temblor cuanto respira.  
Y el viento ya se habrá llevado tu rescripto



cuando en Jaffa, de donde  
 toma vela el montón de cedros perfumado  
 hacia el gran río egipcio,  
 me acoja yo muy paso a descuidada nave  
 para arrecerme en algún hueco de la estiba.  
 Y ya sin otro bien que mi añoranza,  
 obedeciente al ocio de tu querer: la suerte,  
 iré viajando hasta que a mí se allegue  
 ante la proa, todo sol, un promontorio  
 con huellas de una diferente raza.  
 O acaso todo sea desastre y agonía  
 y de la tempestad me abisme en el estruendo,  
 o me recobres en tu alarde  
 como el amante a su traidora,  
 con goce y furia que en los brazos sella.  
 Desde que Adán comió del fruto  
 la vida turba y lo vivido amarga.  
 Dios hace el árbol, Dios le abate,  
 nuestra inquietud no pasa de carcoma.



del temporal humeaba  
 la incertidumbre de mi vida.  
 Y entre bandazos se alargó mi sueño  
 hasta que oí al patrón desahogado:  
 —Ponte de pie y a tu deidad invoca:  
 agujonea sus oídos,  
 hazla mudar de intento;  
 tal vez es ella quien nos frunce el entrecejo;  
 tal vez si escucha tu clamor nos salve.

Quizá, me dije, es mi Señor quien embravece  
 el agua.  
 Mas no sabré pedir merced como los otros.  
 ¿Quién llegará a invocar a aquel de quien se  
 esconde?  
 ¿Quién saludó volviendo la faz al que descubre?

### III

¿Qué gané fugitivo  
 y ocultándome bajo mi brazo  
 y queriendo pensar que de mí no sabías—,  
 ovillo oculto en madriguera de la estiba?  
 Nos embestías desde el árido  
 con soplo enfurecido. Y todo el piélagos  
 hervía de venganzas en frenesí de voces.  
 Un cuenco nos sorbía por sus resbaladeros;  
 y sierras se empinaban, sañosas, de un ladrido  
 y ensordecían, abismándose, los cielos.

Rota su valentía de un zarpazo,  
 fue el palo mayor arrastrado entre espumas  
 y anegaba su agravio.  
 Al grito de echazón: —alivia, alivia—,  
 a astillas iba por la borda el aparejo;  
 y en tal aprieto de fortuna  
 sangraba un maniobrero de la frente  
 y el otro de la jeta.  
 Y cual si ya el horado pardo les tragase,  
 clamaba cada cual a su dios, sol o luna,  
 el gran Bicornes, una ramera, un pez o un falo.  
 Hirióme un duro embate en la cabeza;  
 y el rebaño sombrío

Icérme al puente con prodigio de flaqueza,  
 y dijo a mi espalda un remero:  
 —Parece el cielo, en su rencor, noche cerrada;  
 ha enojado a su dios algún vil encubierto.  
 Todo se pierde, el leño, la ganancia y la vida.  
 Cada vez más encúmbrense las olas  
 y rugen ya los monstruos del mar en algazara.  
 Por un delito oculto pereceremos todos.  
 Hay que saber por qué la nave se bandea  
 fúnebremente.  
 Venid: cese la boca chillería;  
 hagamos rueda y echaremos suertes.

Y descubrióse al punto  
 que yo era el enemigo,  
 pues del azar libróme la sentencia.  
 Tenían ellos prisa:  
 pálidos de rencor, con alaridos,  
 de su conspiración entraban y salían:  
 torpe es la diligencia del espanto.  
 —Ahora sabremos qué haces, traidor, en esta nave,  
 tus artes y tu signo.  
 Dinos cual es tu nación y tu pueblo.  
 —Yo el arrecido, agazapado en una estiba  
 (porque aún del día recelaba)  
 abriré el corazón pues me amaga la muerte.  
 Soy de la tierra y fe de Israel, y he nacido  
 entre las rocas y ardientes brezales,  
 y adoro a Jehová, Dios del cielo y de cuanto respira,  
 único y solo entre las dóciles estrellas.

Él hizo las aguas y el árido;  
 Él es mi guía, y el nublado que le cubre es mí extravío.  
 —Y ¿qué delito urdías al abordar la nave?  
 —Subí a la nave por negarme a su presencia.  
 Esquivo al cumplimiento  
 de su mandato, me adentré en vía torcida.  
 Fuérame grato  
 en letanías repetir su nombre,  
 mas lejos de Él, en paz, como bajo un ensalmo,  
 sin conocer el nudo de la angustia,  
 sin que el susto abriera mis ojos al alba,  
 sin yo mismo temblar del anuncio que es para el impío,  
 sin que cada estéril camino valiérame afrenta  
 ni ya más escuchase en las nubes, las llamas, las hojas  
 la Voz que me había escogido.

Y dijo la marinería:  
 —cuando se antoja a un dios tan bravo como el tuyo  
 darse al celoso enojo,  
 loco será quien no le entregue  
 su fugitivo.  
 Mas de tu dios la voluntad nos ensordece.  
 No discernimos su mandato en el estrépito.  
 —Asídme, dije, echadme por la borda  
 y será el mar ungido de bonanza.  
 Porque fue desastrada mi fuga  
 y la cavilación me ha llevado al oprobrio  
 y sé que es Dios quien tras de mí ha lanzado  
 la gran jauría de las olas.

Mas así hablaron ellos en quebrada  
 voz de espanto y piedad: —¡tal vez amaine  
 tu dios!— Y alzando el remo, desesperadamente  
 quisieron tomar rumbo  
 a la ribera envuelta en nubes y en espumas.  
 Pero la mar hinchóse con nuevo poderío  
 y soltó el remo la vencida mano.  
 Entonces a Jehová los marineros  
 llamaron con pasión atronadora:  
 —oh tú, maldecidor que nos asaltas  
 y los huesos nos vacías de osadía,  
 dios de cejas feroces,  
 tú que, cavado el hoyo que se deshace y torna,  
 del temporal al grado nos revuelcas  
 sólo porque celóse aquí tu débil presa:  
 si ese hombre pereciese  
 no a malas nos anegues en tu sima.

Eres tú quien se enterca en la venganza.  
 Tú eres quien dijo en su mohína: yo lo mando.  
 Tú le arrojas al mar por nuestro brazo.  
 Tú le recogerás si la otra mano alargas.  
 Puedes darle una nave que le salve  
 o hacer que nazca bajo sus pies una isla nueva.

Y yo, lucro divino  
 de la larga palestra,  
 fui arrojado a las aguas. Y hendió el aire  
 un vocejón: —véamos si su dios se recoge.  
 Y un trecho de cielo mostróse en ventana serena  
 y el mar deshizo sus crestas de cólera.  
 En la llanura abandonada  
 un gran pez que saltó por Jehová prefinido,  
 tragóme, cerrando  
 los ojos obtusos, de una bocanada.  
 Yo cuando en Jaffa la nave se hacía a la vela,  
 llena de retos al aire y canciones,  
 hallé escondite para el ánimo inseguro;  
 pero Dios derribó mi falsía  
 y encerró en la prisión a mis cinco sentidos:  
 del pez en las entrañas  
 tres días y tres noches cantaba el alma pura.

#### IV

Ya no me embaraza la sima en las aguas, ni el viento.  
 Mi seso renace en la sombra.  
 En fauces estoy más oscuras y más prietamente



cerradas,  
y creo, metido en el vientre de un pez.

De una boqueada al tirón fenecieron  
mi cominería, mi espanto.  
Nada me distrae, franco estoy de duda y horro de deseo:  
mi único espacio es Dios.

Voy de una sacudida por bajo del raigambre de los  
montes,  
o soy raudamente lanzado  
a las someras ondas: allí dibuja estrías  
en las escamas que brincan la estrella.

Dios juega. Nos dispara y nunca nos arroja.  
Con voz igual canto su nombre,  
agachado, doblado en este secreto de tumba  
como en la espera de mi nacimiento.

Al mandato de Dios negué mis pasos.  
—¡Quién fuera aquel a quien ignoras! Dije.  
Y así estoy en las ondas, porque ellas, sin reposo,  
hacen, rehacen a su grado.

Dios me embarca en la sima de toda simiente;  
para Él impone que resurja.  
Y voy confiado como Noé dentro del arca  
y como Moisés en el cesto.

¡O flacos pies, oh mi cansancio vagabundo,  
ya sólo dolor os debía!  
Y ahora sin pena y pesadumbre de jornadas  
estoy, cual nonato, en cobijo.

Si a mi sentido faltan los signos ilusorios,  
audaz, aliento en lo imposible.  
Y allá en su tema, un día los sabios hiperbóreos  
dirán que este pez no ha existido.



Puro deleite de mis ojos recobrados:  
abrirse a ver el ímpetu  
de lo pequeño al recorrer lo ilimitado:  
Pájaro en el aire  
y pez en el ruedo marino—

(¿quién cielo ni mar consiguiera  
saber, poseer ni medir?).  
Y todo lo fácil prosigue,  
y en la transparente lejanía asoma lo más imposible.  
Pájaro a quien pintan de oro ventanales del día,  
pez que goteas plata,  
el corazón os hinche una alegría  
que de alumbrar y deslumbrar no cesa.

¡Oh goce  
de lo pequeño en su carrera inconfinada!  
Libre de ciegas agonías  
cabalgaba otra vez de la luz en el rayo  
y era de la inmutable  
prisión devuelto a variedad de días.  
Todo en el mundo era principio,  
y rezumaban sus junturas tiernas.  
El mar se hacía espejo para un laúd tan sólo.  
Ardía entre las aguas un gran torrente de oro.  
En la caleta, cerca de un pino, fauces feroces me ha-  
bían  
entre un maretazo depuesto en la roca.

Olía a sal y a flores de retama.  
Resplandecía al sol un hombre en la colina  
e iba a yacer debajo la tienda de su higuera.  
Sobre una choza un hilo surgía de humo humano.

—Aquí, me dije, permanecería  
como árbol, como peña—. Pero la Voz vino a saltar-  
me:

—Vé a la pompa de Nínive, Jonás, vé sin demora,  
y yo latiré en tus palabras.

Me levanté. Y al punto el ardor de la roca,  
la fragancia del pino me ignoraron.  
Desvaneciase su plática conmigo  
como si ya no distinguiesen donde estaba.  
El mar azul perdía su embelesado gusto;  
volvióseme una nube como, cansada, una espalda;  
comezón había en el aire  
y me dijo: —véte— la mota de polvo.

Y fui picado  
por un áspid divino:  
acometióme y aferróme,  
hízome suyo y acucióme

la prisa.  
En camino afanoso  
del incendio del aire retornábame  
un brote de romero;  
y al darme paz la noche alzaba yo los ojos  
a la benignidad de las estrellas,  
escritura de Dios en su mandato.

Y de mi tardanza en desquite,  
en mi desasosiego rechinaba:  
dormía como en vela, comía como en sueño,  
avanzaba sin ver,  
sentía sin saber.

Era mi fuerza, mi única esperanza  
una palabra en mi secreta.  
Yo repetía una palabra noche y día,  
como el enamorado la gusta entre suspiros,  
como la canta el niño, medroso de olvidarla.

Ningún follaje me tentaba,  
ningún techado me cubría,  
cuanto conmigo daba era tras mí vertido,  
y caminaba noche y día  
sin ver más que pavesas cernidas o fresca negrura.

Entre ayuno y ardor y peligros, mi viaje  
duró de plenilunio a plenilunio;  
y la divina espuela aligeró mis plantas;  
en nada fincaron mis ojos  
ni trato cerraron mis labios;  
soldado que cumple un mandato  
no se embaraza en saludos y adioses.

Pero a la vuelta de la cuarta luna,  
agotado, vencióme una dolencia:  
si de atrochar cesaba  
mis pies no sabía tenerme.

Color de sangre eran mis párpados,  
y mi paso tardío,  
y se me atragantaba el polvo de la barba y de las cejas;  
caíanse mis hombros, y silbido  
de fuego era mi aliento.

Cobran lejanía los signos más cercanos;  
el ascua de mi frente me entorpecía el tino;

mi pie sangraba; chafallaban la plegaria  
el seso turbio,  
la lengua seca como el trapo.

Y advertí una mañana  
que zumbaba la luz en mi cabeza,  
y que al sol mi mirada se arrecia  
cantando mal el resplandor del mundo.

Jehová me espera, iba pensando,  
queriendo restaurar mi brío con su nombre;  
mas di contra una piedra atravesada  
y del suelo me hallé en la polvareda,  
molido y sin virtud para el gemido.  
Y aún pensar pude: —Nínive huye de su profeta—,  
y por darme, vencido, un cobertor de noche,  
oculté mi semblante entre las manos.

Y un viejo tras de mí descabalgó del ruido:  
—levántate, me dijo. A quien cayere  
le enterrarán si no se vale.  
Una banasta de higos y una guerra  
llevo casi a la puerta  
de la ciudad. ¿Nunca la viste? Ven, cuitado;  
monta en el rucio, que hasta yo puedo contigo.  
Mira, pues, el paraje  
donde el gran río estrecha  
esa divina ardiente que corta, hiende, raja  
y abate lindes de naciones mudas.  
En Nínive, en las salas del tesoro  
agotará sus jarras cada pueblo  
para no ver en día aciago a sus varones  
empalados, sus árboles sin brote.  
Aquí el osado mata, los ruines martirizan  
y cantan los eunucos el himno de victoria;  
y ante la guerra humíllanse las artes  
porque la espada es joven y la meditación  
nos avejentaría.  
Y la gente de obesa nuca  
descargan en el zoco atados y tinajas,  
y los caminos traen bandadas de mujeres,  
las más perfectas en cadera y senos.  
¡Que Assur es inmortal, cercada de despojos!

Y levanté pesadamente la cabeza,  
y más allá de la comba del río  
blanqueaban greyes de moradas en la orilla.

Y en pie, mas zozobante como animal herido,  
ante mis ojos tambaleando todo,  
levanté el brazo con furor de mi flaqueza,  
y malversando un año de vida lancé un grito:  
—¡cuarenta días más y te veré en escombros!

## VI

Entre derrumbes y cascotes,  
guarida de asesinos, tugurio de posesos,  
a la vista de Nínive, el regajo  
me indica mi camino como un dedo.  
No me engañé. Si el sol añora ya su cúspide  
fuerza es hablar al único viviente:  
esa mujer solitaria tendida  
al pie de un umbral.

Jonás

¿Quién eres, oh maraña  
de velo y cabellera,  
en quien todo desiste,  
yerta a la entrada de tu casa rota  
y al solo amparo de un juncial de púrpura?  
Nuestras frentes sin honra amarillean  
ni yo de mis jornadas convalezco;  
pero callemos juntos si te espanta  
decir el mal que derruyó tus días.

La mujer

Raro viviente que los ojos tornas  
a mí, no he de decirte que me cuentas  
qué has venido buscando, de qué huyendo;  
es más aciago lo que nos acecha  
que lo esquivado.  
Traté en vano con hombres y con dioses  
y no hay siembra en mi campo, ni rebusco;  
y el agua y yo dormimos como hermanas  
y sólo el agua vive.

Jonás

¿Tienes por sabio  
ese dormir? Hay en la tierra afanes,  
el cielo se zaranda.

¿Quién osará decir: estoyme quedo?  
No yo, que en mi yacija de retamas  
asido por mi Dios abrí los ojos,  
y acaso me extravió  
y donde Él me ausento, allí me espera.

La mujer

Todo es locura,  
carrera y alto, sueño y vela;  
todo engaño de vidas hostigadas:  
acometer, ceder o resistirse.  
Sacerdotisa fui del Alba  
sobre colinas de oro;  
yermo es el monte que bordó la viña  
y acuchillada pereció mi gente.

Jonás

Leve es el alba, que a la par acucian  
la noche en mengua y el solar acecho;  
ni amor ni enojos cundirán en ella  
y es el ardor como al negror esquiva.  
Mi Dios es fuerte y sin cesar se atreve,  
y las tinieblas con el rayo aturde  
y con la mole de las nubes trueca  
el mediodía en noche.

La mujer

¿Sóis el mendigo que la fiesta empaña,  
mas con virtud, pues ningún bien le empece,  
de convocar la lluvia  
o de alejar la no vertida nube?  
¿O el loco sois, ansioso de castigos  
para el país lleno de gente y verde,  
y habláis de un solo dios, en sacudidas  
de fiebre, con el tufo del desierto?

Jonás

Sirvo a mi Dios viviente, que derriba  
la nave, el trono, el corazón enano:  
tal vez me aterra, pero vuelve y llama  
quedo, feliz al conversar conmigo.  
De Él, que es mi paz, vienen mis cuitas; cosa  
soy en sus manos que Él deshace y crea.

Me pide un invisible sacrificio.  
¿Qué me importa morir? Él es quien viene.

La mujer

Dios despechado no distingue:  
hunde la flota, la ciudad arrasa,  
mientras que duele al hombre en su camino  
hasta el gañir de un perro abandonado.  
¿Qué busca en traqueteos  
el dios de ceja adusta?  
Se ha desplomado en revoltura  
lo que era bello con lo que era injusto.

Jonás

¿Qué alma a sus ojos no estará dañada?

La mujer

Nadie es bueno, y el menos arrogante  
esconde todavía  
codicia en la oración, culpa en el llanto.  
Pero del mal más negro  
se envenenó en la charca  
quien ruge osado que su fe degolla  
porque el deleite de su dios le azuza.

Jonás

Pues yo sospecho que a mi Dios le mueve  
un pobre enojo perdidizo. Un día,  
más y más muelle, acaso  
nos vendrá a arrebujar como una madre.  
Mas de Él conozco que mi pecho abrasa  
y que, ausente Él de mí, cesara el mundo.  
—¿Pero tú qué adorabas en la aurora  
que apenas nace acaba?

La mujer

Yo la servía  
con libaciones de rocío  
y con flores apenas descogidas  
y sin pulgón ni rozadura.  
Porque ella inspira en inocente augurio  
la regresada novedad del brote,



de cada pensamiento la sorpresa  
y el nuevo amor en la medrosa túnica.  
¿Fe delicada que al engaño tienta,  
cuidado inútil de rosados dedos!  
Larga es la espera de la gracia, cuanto  
breve será su aliento.  
Y bienaventurada la belleza  
si, a guisa de la aurora,  
asoma y muere sobre el hosco mundo  
jamás acometida ni alcanzada.  
Porque marchita al céfiro profano,  
ella, a la alada, de inmortal anhelo,  
será como mendiga  
que se rebaja o el claror maldice.  
—Con el trato se inicia la vileza.  
—Y eres la única pura en planta leve,  
¡oh gracia, sin desmayo fugitiva,  
envidia del mortal, de un dios suspiro!

Jonás

Teme vivir la aurora y se recata  
contra el placer, deslumbrador tirano.  
—¿Quién fía de rocíos en la hierba?  
Secretos nacen y sin rastro mueren.  
—Y el celaje color de enamorada,  
y, a contrasol, el goterón que fulge,  
yo sé que manan, al romper el día,  
de aquel paciente poderío inmenso  
que hace una sierra, donde ya bastara  
la peñizuela a quejumbrosa fuente.  
El rayo, el trueno, la grandeza cuentan  
del fruncido Jehová. Su amor envía

mensajeros que tienden por los aires  
empaladas de ensueño y de esperanza.  
Y yo, desvanecido  
el miedo a las angélicas espadas,  
languidezco al sentir en el ocaso  
que Dios aplaca para mi el brasero  
donde se extinguen las bermejas ascuas.

Y ella quedó postrada y yo partía.  
En bóveda serena de topacio  
el día se pasmaba, y ya cada árbol  
al frescor del anuncio de la noche  
se enternecía. Y para  
ella, de corazón desesperado,  
y para mí, cercano al gran castigo,  
era ya de lo hablado la memoria  
devanador de pensamientos nuevos.

## ♫ VII ♫

¡Oh gran ciudad de Nínive, qué azote recorrerte!  
De una entrada a la opuesta hay tres jornadas.  
¡Quién desenlazaría el tropel de tus calles,  
o haría el cuento de tus torres y tus celestes cúpulas  
de tus escuadras de flamígeros soldados,  
tus pozos coronados de mujeres,  
las chillerías de tus vendedores,  
tus perros pertinaces en torno a los desechos,  
las joyas que hacen retiñir tus cortesanas,  
la confusión de hablas remotas  
de nautas, camelleros, esclavos y mendigos,  
tus leones dormidos en las hoyas,  
tus panteras que giran  
en el desesperado cautiverio,  
y tus palmeras,  
abanicos de río!

Véate yo primero que te acabes  
¡oh diosa estrella!,  
sobre la polvareda de los mundos,  
llama viva en diamante  
orlada de desiertos y de devastaciones.

Cerrada una jornada tras los muros  
hora fue que dijera:  
—inclínate, merced de Dios implora;



lo digo a quien me escucha y a quien se va cantando.  
Golpead vuestros pechos, mujeres,  
arrojad la espada, guerreros.  
Me inflama Dios, el Unico, insoportable como brasa.  
Cuarenta días más, y Nínive cae en escombros.

No quiero ni un mendrugo de pan, pues la alacena  
ya es amagada. Ciérnese en los aires  
vuestro aciago destino. Y temeroso  
de cada techo que hundirá el estrago,  
iré como la racha de viento sin refugio  
y beberé supino en el azarbe  
y comeré de lo que ya royeron  
el cocho y el caballo.

Que yo no soy de vuestro paraje ni linaje  
ni vine a holgarme o rebañar dineros:  
soy un anuncio como la luz amarilla en el aire  
cuando el pedrisco viene sobre la tierra colmada,  
antes que el terremoto cuartee los cimientos,  
como el furor del viento que apaga la candela  
y el candelero derriba.

Y cuantos iban y venían  
oyeron la palabra que me espantaba a mí mismo;  
y olvidaron la cama y la mesa,  
y les sobrecogían los espectros  
del robo pasado y la sangre:  
en las cervices de ellos el yugo se cerraba  
y el corazón sentían pñeto  
como vencida tribu.  
Y del rey me siguieron al palacio  
con alarido innumerable.

Y así avanzando  
entre mujeres de rasgada túnica  
y los fuertes varones  
que los anillos injuriaban de sus barbas,  
inciso vi del palacio en la puerta:  
teme el umbral de este alcázar.  
Deja de entrar los ojos, como al salir la lengua.

Y alto de diez peldaños sobre la comitiva plañidera,  
dijo así el capitán de las guardias reales:  
—soldados, abrid paso. Fijó la ley antigua  
que hombre, mujer o criatura viva  
murieran si atentaban, profanos, a este límite,  
salvo quien con dorados atavíos,  
a son de flauta  
hiciera don al rey de los despojos  
de reyes muertos en batalla,  
o su virginidad rindiera a su tesoro.  
Pero quien llega aquí ceñido  
de privación tras luengos días de viaje,  
surcado y atezado  
y desgarrado por los vientos,  
tan sólo armado de sus ojos indomables,  
si más bien que el tremor de acentos nuevos,  
podría ser el nuncio  
—contra el oro y la llama de nuestras deidades triunfantes—  
de la mitad del mundo que se angustia  
y sabe de hambre y frío y agradecida muere  
y acaso tenga dioses más soberanos que los nuestros.

Y clamó el rey cuando llegamos al gran trono:  
—¿Quién daba paso franco  
a ese judío con la gente engeguedada



que pierde el seso y llora?  
¿Duele acaso la gloria inextinguible  
de Istar a quien solloza  
en la morada de su hijo?  
De un picotazo el águila sobre el cordero cierra  
y de una vez la pacífica.  
Istar, más bella que la humanidad cansada,  
aborrece el gemido.  
Dime, oh nacido del afán y de la sombra  
como murciélago que vuela entre dos luces,  
¿qué te contó Jehová sobre el abismo?

—Cuarenta días más, y Ninive cae en escombros.

—Nos llama a los placeres  
Istar y nos promete la eterna primacía;  
bien lo descubre el agorero  
en el corazón arrancado a los pueblos vencidos,  
¡oh hijo de tierra oscura!,  
donde un Baal agreste  
desde un otero sobrecoge  
a sus despavoridos.

—Ningún imperio cuenta para el Señor del cielo  
más que un remolino de polvo;  
y si la verdadera  
gloria empolló Israel bajo sus pardas alas,  
hízolo en densa nube y en comezón de espera.

¡Locura de los reinos! Los hay deslavazados  
para que los disperse cualquier noche  
de temporal; son otros tan mezquinos  
que viven en apego a una cañada.  
De los que afrenten  
a Sión, ninguno durará más que ella,  
cercada y esparcida.

¡Jehová! Cuanto al sentido se descubre  
es la promesa vaga  
o el pálido vestigio  
de Dios, de un padre igual, Señor de maravillas.  
Salió de la inicial negrura cual las otras  
Istar, donde Él pusiera,  
durante un solo  
latido de sus cejas, la yema de su dedo.

Y mira ya el anuncio  
sobre el perfume de la flor de tus jardines.



No había bien anochecido.  
Y mientras en el aire dibujaba  
ruedos enorme buitre,  
subió una negra nube  
y virtió sangre el parpadeo de la diosa.  
Los magos de la corte, convulsos, ante el largo  
lamento del gentío:  
—¡grande es Istar, oh rey! —Gritaron en tumulto.  
—Atacaremos  
con milagros mejores que la artimaña de este can judío.

Y, solo erecto en el turbado cansistorio,  
el rey mandó que de su faz los arrojaran:  
—¡Ah oráculos cansados  
y voz estéril ahuecada en pompas!  
¡Ahitos de ofrendas  
y servidores de los espectáculos!  
Del corazón el alzaprime abandonando  
tan sólo hacéis prodigios.

De las miradas que os imploran no sois dignos:  
vuestro negocio es el asombro.  
Aseguráis con signos al devoto,  
mas repetido a tiento el signo es vano.  
Y este emisario  
no se fingió divino; perdido en los terrones,  
agachado vivía sobre el campo,  
pero en él ese Dios hacía presa  
que incendia el simulacro como la antigua zarza.  
Y es un viajero sin sabiduría:  
quien en pureza puridades dijo  
trae un sabor a vino nuevo y muestra  
salpicaduras del lagar en sus harapos;  
granos de trigo nos reparte  
y las acribaduras se pegan a su cuerpo.  
El rudo aliento de su voz en cada  
templo desahucia al espantajo obeso;  
las sombras que adorábamos cayeron en la sombra:  
ya con un Dios estamos solos  
a que nos mazne enteros.  
Infausto quien no sienta  
su corazón hendirse ante el asomo  
de su castigo y antes  
que Asur sea ceniza y Nínive arenal.

Y de su asiento  
de pedrería bajó el rey; los ojos

volvió, del triste augurio doloridos.  
Y dio a los cuatro vientos  
los amuletos que su cuello sustentaba  
y los colgajos de oro  
que amparaban su faz; pisó la tiara  
y para prosternarse  
en nudez animal arrojó al suelo  
su ceñidor de gemas puras,  
arrancó sus bordados  
y desgarró la túnica con el puñal postrero.

—Perdíme en la locura,  
sufrí la calentura  
de centellos vanos.  
Y un áspero lenguaje desentornó mis ojos  
y ya aborrezco mi poder como una lepra.  
Y vuélveme el dolido pensamiento  
de una piedad que luego creí bastarda y sierva:  
de mi piedad antigua,  
cuando yo niño y con el arco, por primera  
vez abatiera a un pájaro que por la luz volaba.

¡Oh Dios, dame consuelo!  
De la ciudad deshecha, poblada de invisibles,  
del bosque consumido  
y del molino que no muele,  
del campo donde ya no se deslizan  
sangraderas del río,  
de guerra y paz horribles,  
me duele ante tus ojos.  
Y de tantas naciones  
descuartizadas me arrepiento,  
y de tantas violadas esperanzas  
y los gemidos en la nada  
de cuanto en vano apeteció la vida,  
de todos los cercados y ribazos  
que no verá ya florecer el hombre.

Pero más todavía  
que como rey, pecaba  
como mentor divino,  
porque yo puse el exterminio sobre el ara  
de cirios rodeado y una espiral de incienso.  
—Matad, clamaba, hasta a los no nacidos,  
que eso es jocundo para las deidades;  
y cuando asisten a torturas, en la risa  
brincan de júbilo sus vientres.

Porque una extraña noche del fondo de los siglos,  
 tras una misteriosa derrota de los hombres,  
 cesaron en la tierra los cánticos mejores  
 y no volvieron ángeles a nuestros escabeles.  
 Los hombres en la gruta, ahumados por la tea,  
 temieron a potente león y sierpe astuta;  
 al animal servía todo hombre, y remedaba  
 sus gritos, prosternándose en copia de su paso.  
 Después buscaba el alma la luz: el dios sería  
 la fuerza o la perfidia, y el animal su templo.  
 Y ansiosos de hospedar al dios por el engaño,  
 bailaron, disfrazados de monstruos, los mortales.  
 Y dijo el hombre al ídolo: —sobrado honor usurpas;  
 la espada nos refuerza, triunfamos por el dolo.  
 Y veneramos hombres con cuernos y con garras,  
 con partes de león, de halcón o de caballo.  
 Y el alma, remontándose sobre las aras, puso  
 en ellas, ataviada, nuestra semblanza entera,  
 y se llamó divina a la piedad, y el bruto  
 ya de los dioses últimos estaba al pie postrado.  
 Y yo, señor del templo, debiendo hacer más nobles  
 los dioses, esperanza de tristes ácosados,  
 daba al dragón innúmero por víctimas las razas  
 y devolví los templos al inicial aullido.

Pero ya el saco vestiré, en cenizas  
 arrellanado como un pordiosero.  
 Que en toda la ciudad, por mis heraldos,  
 suene pregón de penitencia extrema.  
 Orden del rey y de sus próceres:  
 Ni hombre ni animal siervo, ganado, oveja, cabra,  
 cate manjar ni beba;  
 que el saco sea el único vestido  
 y el solo asiento la ceniza,  
 y cada cual, rindiendo el corazón vencido  
 apártese del mal que cavilaba a solas.  
 Jehová hizo pacto  
 con el deshecho ampara.  
 Tal vez con nuestras lágrimas de amor apacigüemos  
 la llamarada de su ira.

Y el rey y el pueblo, ya en piedad y con sagrado  
 pavor, en tal encrucijada  
 de desesperación y dolor, escogieron  
 el dolor, todo lleno de estrellas,  
 el alma en Dios calmada,  
 rumor del manantío que espáciase en el lago.

VIII

Y al ver, cuando expiraba el tercer día,  
 entre el áureo cendal que esparcía el ocaso,  
 que la ciudad se arrepentía de su orgullo,  
 de su dureza y del placer infame,  
 amansaba Jehová las cejas,  
 dejaba sobre el muslo bajar confiado el brazo  
 y encadenaba los endriagos de su ira  
 que barren dicha y poderío como  
 el desperdicio de las eras.  
 Los ídolos bicornes  
 o los de escama pegadiza  
 en pilar sin ofrendas bostezaban atónitos;  
 armas y joyas eran volcadas a las llamas  
 para que Dios en nueva belleza las fundiera.  
 En el dolor que hacía de todos una casta,  
 una ramera vieja del puerto adormecía  
 del rey la pena con mugido acompasado.  
 Y a un nigromante con su barba llena  
 de estiércol, dijo un niño:  
 —mira a lo alto: baja





nuestro perdón entre el aljófár de la noche.  
 Y entonces dije, en una racha  
 de mortificación: —¿por qué de nuevo  
 haste compadecido, oh Tú que llevas  
 al criminal en brazos como recién nacido?  
 Tu voz que acaso aturde, acaso inflama,  
 obedecí con mengua y con reparos,  
 con inválida pierna arrastrada,  
 y bien mi porqué me sabía.  
 El dedo que pintara sobre la nube el iris  
 cuando Noé salió del arca,  
 antes sellara de Caín la frente  
 para librarle de asechanzas.  
 Como temí que feneciera  
 tu cólera, a Tartesos partía en una nave:  
 un día amagas la traición de las centurias  
 y a medio empezar te desdices.  
 ¿Quién ha de darme fe, si se halla en salvo  
 aquel a quien corrías?  
 Mandabas y me hablabas cara a cara,  
 y yo te obedecí y me desconoces.  
 Diste vida al inicuo y no le turbas;  
 ¿tan sólo al dócil con tu freno escueces?  
 Quitame pues, Jehová, la vida.  
 Tal es este vivir, que es bien que muera.  
 Y cuando sospeché que de su reino  
 azul Jehová perdíase en la cúspide,  
 me estremeció al oído su respuesta:  
 —¿haces tú bien en enojarte tanto?  
 Como amohinado niño que se aleja  
 de una palabra suave,  
 salí del sitio de mi afrenta por camino

sin verde sombra ni señal de fuente:  
 el de la pena y el rencor celado  
 que entrambos llevan al desierto.

Y en el siguiente día,  
 de madrugada en un paraje  
 relucientes de sed, virgen de huella,  
 donde jamás brincara el agua  
 ni se vertiera la lluvia  
 en la roquera poza para la sed de un ave,  
 refunfunó otra vez mi boca loca:  
 —Decíame: —¿qué valen el arco ni la honda?  
 Que como ofrendas los deponga vuestra fe,  
 porque no duráis sino un ápice  
 y Jehová solo es fuerte, Jehová.  
 Ningún pertrecho puede más que la esperanza  
 en quien no deja indicio de mata ni de arroyo.  
 Encomendadme la venganza.  
 Donde pasé, nada respira.  
 Daré al onagro desalado entre las guijas  
 el palacio del rey, caparazón rajado,  
 y a la lechuza la torre conquistadora de nubes.  
 El trono vil, el ara ensangrentada  
 serán cuando anochezca un torbellino de humo  
 y borraré su nombre con ráfagas de arena.

Así dijiste: espanto ponían tus enojos.  
 Quizá de tus misterios el mensajero alado,  
 antes que la orden cumpla del castigo,  
 suspenso el vuelo, quiere ver tus ojos  
 por si la saña se apacigua en ellos:  
 quizá sobrada gloria se oculta ya en la arena,  
 ese camposanto de imperios.

Y adormiléme  
 en roquedal, bajo de un sol de fuego.  
 De pronto, de mis párpados a la inquietud primera  
 vi una planta a mi lado,  
 vi una rama de plata  
 que a la virtud del sol opone  
 un cobertor de estrellas verdeprietas,  
 cada estrella mecida en tallo rosa.  
 Dicha del mundo, la rama y las hojas:  
 dan al viandante moráda,  
 con yacija de verdes despojos  
 y techo de ilusiones movedizas.  
 Y habla Dios con susurro venerando

en el verdor, que es de los ojos alegría  
 y para el pensamiento mansedumbre.  
 Portento de la rama y el follaje,  
 ¿quién escogiera el mástil de la tienda  
 o el mástil de la nave?  
 Deshincóme el afán este murmullo.  
 ¿Quién, ni el más delirante, imaginara  
 la primavera en el desierto?  
 Viví un día a la sombra regalada;  
 y al otro día, al suspirar la aurora,  
 Dios que ayer levantara la planta  
 envió el gusano que royóla entera,  
 y desató un jaloque  
 de alas de polvo, arena roja y fuego,  
 Satán en abrasados, torbellinos,  
 dragón que con su cate de llama hendió mi frente.  
 Y yo decía a borbotones:  
 —la muerte es mejor que la vida.  
 Ven, muerte a mí, yo besaré tu mano;  
 mi frente ardiente gozará en tu palma.

Oh, tú, puerta final y cúpula cumplida,  
 embocadero del humano desencanto,  
 sombra sin fin para el viajero,  
 negrura sin consuelo mas reino sin adioses.

Y una voz vino a interrumpir mi queja:  
 Jehová me hablaba como  
 a quien por mimo lloriquea.  
 —¿Vale la pena que te enojas tanto  
 por una planta?  
 —Sí, y es mortal mi suerte.  
 —Duelete un poco de verdor, y no cuidaste  
 de que naciera y se ufanara;  
 lo que te dio el rocío de la noche  
 se ha disipado al alba.  
 Y yo, padre y sostén de toda criatura,  
 ¿no he de sentir que muera  
 Nínive, la ciudad de tres jornadas,  
 con ciento veinte mil pequeños que no saben  
 la diestra distinguir de la siniestra,  
 con tanta res, con tanto balido de corderos?  
 Y en la onda de silencio, tras la última palabra,  
 de que salía, no de ventana celeste,  
 la voz, mas de lo oculto en mí que la ofendía.  
 En nuestras almas, sin testigo,  
 Dios allende cien cámaras mora;

y el hombre de su casa se tiende en el umbral  
 como un esclavo, como un can.

IX

Una noche, en el sueño, salí de mi manida.  
 A la luz verde y poca  
 decíame: —¡cuán lejos estoy!— Mirando, como  
 macerado en cansancio,  
 alrededor de mí. Piernas al aire  
 sobre un peñón, por solo me tenía.  
 Y al discurrir por donde  
 podría encaminarme, aprovechando  
 entre espinados márgenes  
 la última luz tras los ajados arboles,  
 sentí de pronto, mas sin verles,  
 de alguien que estaba en pos de mí los ojos.  
 Dijo una voz, con dejo griego:  
 —En vano ruedas, terco  
 de zozobra en zozobra,  
 escarnecido en cada lugarejo  
 donde dices hablar estremecido



por ese dios que nunca hallaste.  
Muy civilmente la voz modulaba  
y como bajo un párpado  
de compasión caído:  
el aire del acento sutil del echadizo  
me helaba la cerviz apesurada.

(Cuando Jehová tantea  
un corazón y dice: —será mi confidente—  
día por día le desacostumbra  
del vocerío de las pláticas.  
Quien a Dios oye de todo se excluye,  
quien a Dios oye reprime su aliento;  
quien le contempla  
sobre sí dejara que creciera el césped,  
quien le contempla  
mira como orate,  
y si con ojos aún suspensos feneciese  
entraría en la muerte por el dintel del día.

Y el hombre en alta soledad esquivo  
la traza perdió del halago;  
y le desplace quien, inútil al desnudo,  
cual niña con aretes columpia la cabeza  
y con cantinelas seduce;  
el zahareño gruñe que hay en la miel engaño,  
y ve señal de insidias de espíritus traidores  
en la premura del ceremonioso.)

¿Quién en país tan solo y tan desmemoriado,  
pensé, me acoge con acento blando?  
Bajo la noche, dueña de los resbaladeros,  
tras mí quise mirar, mas de soslayo  
—cuanto vemos, oía, es polvareda:  
y todo son partículas febriles, el altivo  
roquedal y los astros, vos y yo, las arenas del sendero.  
Y todo muere, todo revive, todo rodará sin cuento;  
y si allende las trémulas rodadas  
hubiese algo, un divino, él miraría  
y presa del afán de la carrera  
vendría al remolino.  
No hay quien se exima de la ley del todo  
sino encerrándose en la nada.  
—Tu son me alerta, dije, tu maña no me aturde,  
vestigio aparecido cuando se demudaba  
el último rescoldo en el ocaso,  
¡oh embaidor retorcido cabe el tronco!,

como en remedo de la sierpe  
y de ojos encendidos en la noche  
como los faroles del buho.  
Quien bajo el negro hechizo  
de Dios revuelca el nombre,  
por el permiso de Él dura en el aire  
que al imprecicar respira;  
quien a Dios niega sólo niega  
un ruin engendro de su sola hechura;  
quien de Él quiere evadirse en Él tropieza;  
le hace acudir a su gemido el desastrado;  
por su fulgor cubre su vista el fugitivo;  
de Él vive quien le ignora.

Con voz que entre halagos se arriesga  
contestaba a mi encendimiento;  
con voz que se desliza  
para apresar en móviles anillos:  
—gran duda tengo de que sea  
quien tanto fuera y tan opaco se recata.

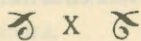
¿Qué hace él mientras yo vivo?  
No doy con él ni asomarán sus nuevas.  
¿He de alcanzar las cumbres, sobrecogerme en pozos?  
Lánceme ya al abismo si se vale.  
Híceme atrás, en pánico del Dios escarnecido,  
y miré ansioso: nadie  
parecía en los altos roquedales  
ni había signo en la celeste esfera.  
Y entre la noche huera que todo son aplaca,  
más huera ya por defección del rayo,  
me ensordecía la resaca  
de mi consternación, sola en el mundo.

Y al estallar la risotada del impío  
un pensamiento me abrasó las sienas:  
—¡salva tu fe, o pereces!  
Y con braveza de añadido brío  
fui al retador como un poseso  
y amarrándole el pecho en ciego nudo  
le hundí cabeza abajo por la sima.  
Y de horror me aparté, desatinado,  
y un estruendo por poco me derriba,  
como perdido el ser: la topetada  
del cuerpo en una resonante breña.  
Asido a unos abrojos  
quedéme derrotado en el repecho.

Y me amagó la peña, vituperóme al aire.  
 Y Dios me dejaba, arrecido  
 como un gusano, ante el asalto de la hondura.  
 Y oí, muy pura, una secreta melodía:  
 no hay peor blasfemia  
 que negar que Dios es perdón: Abel era  
 su servidor amado,  
 y yo, si Él fuera acerbo, no viviera.  
 ¿Quién dice: a mi Dios vengaré? ¿Quién se  
 atreve  
 a hostigar a su Dios contra fantasmas?  
 Él abraza el lobo y la oveja,  
 y el gavilán y las nidadas.

Él es quien desmoleza los jarales,  
 quien poda el deleitoso vergel que ciñen  
 ríos.  
 Le quita señorío quien en vez de Él castiga;  
 diéonos la vida; tómelas en sus manos,  
 como al infante, que menguar ve el mundo  
 porque el cansancio vela sus ojos, se retira  
 una cosa en ficción con que jugaba.

Y sintiéndose hundido  
 en precipicio más profundo  
 que el despeñado,  
 como dudoso levanté la frente;  
 y viendo escrita en las estrellas  
 una promesa de piedad al mundo,  
 adoré el nombre de mi Dios, a rastras.



El Líbano se hallaba en aquel declive del año  
 en que la queja del chacal se acerca al hombre  
 y, hacinadas las nubes, plañe el viento.  
 Con su chirrido la cigarra  
 ya no aserraba el pino,  
 y se tendía por las sendas la neblina;  
 la tarde se encogía avaramente;  
 la última flor, la flor de la olivarda,  
 temblequear veía la lucidez del cielo.

Jonás que, en la blancura de su caudal de días,  
 en empacho mas sin zozobra respiraba,

gozaba la ternura  
 del cielo tras el breve afán de una llovizna,  
 y para ir a sentarse, destocábase  
 de una arandela de trapo y un cesto con panes y hierbas,  
 en la ladera de un gentil otero  
 que el mar columbraba remoto  
 y que bordaban las vides de sangre.



—A yacer bajo piedras y muertas agujas de  
 pino,  
 decía Jonás, ya mi cuerpo se agacha;  
 lejos de mi trecho anduve y anduve,  
 y a cavidad angosta en mi todo consuena:  
 mis ojos, mi aliento, mi paso se abrevian,  
 y baja mi frente pidiendo reposo.

—Si al menos yo no muriese— el fatuo  
 murmura.

Pero el primer jardín oyó el precepto:  
 hijo del polvo tornarás al polvo.

Y será, plañe el hombre, sin regreso.

La tierra que llevábate orgullosa,  
 ¡oh Adán!, ¡oh primogénito del mundo!, no  
 te olvida;

agrávale tu sueño su cargazón de siglos  
 y espántale el secreto de esa quietud dormida  
 que te degrada y descompone.

Y mientras, pasajera, agota cada  
 generación sus días encendidos,  
 aún consume a la tierra la añoranza  
 del sol en tus cabellos.

Y aún serías como árbol que se empina  
 si hubiese podido la tierra pagar tu rescate,  
 polvo del polvo de la arcilla primeriza  
 que nos legaste la caducidad.

Y a ti en hilera vamos,  
 Adán, tras ti, por el camino viejo.

Y no podemos ver la luz que tanto amaste  
 sin recordar que de prestado nos envuelve.

Y eso que Dios había puesto  
 una centella de su gloria en ti.

Breve cual nuestra noche, es transitoria  
 la cerrazón que se tñubrió.

Cantad en el momento del alma desasida  
 a media voz una canción de cuna.

Que el Creador dilata sin fin el universo

y el polvo de la muerte hará resplandecer.  
 ¡Oh heredero de los vivientes, enterrado,  
 a los graves acordes del lamento de la naturaleza,  
 por un ángel, en gruta de que él solo conoce el indicio!  
 Un hijo tuyo  
 levantárase de la peña en que durmiera el sueño frío,  
 sin castigo de podredura  
 ni deshecho en polvo y ceniza  
 mas cercano de aurora por donde la muerte quisiera alcanzarle,  
 primer nacido de los muertos.

Que Dios se mueve  
 tan sólo en lo que vive, y desconoce  
 la ley mortal, y no es al polvo ni a los huesos  
 a quien prometiera su alianza.  
 Y contra el escarmiento su alianza.  
 Y contra el escarmiento de la postrimería  
 ha dado Dios una promesa, a cada  
 estirpe nueva repetida,  
 más que para Noé para Abraham generosa:  
 con encadenaduras de presentes acrece Dios su riqueza  
 y ensancha su palabra más allá de la fe del mortal.

El nuevo primogénito dirá, dicha del cielo:  
 "cuanto es de Dios me pertenece".  
 Y Él, que verá acercarse a su albedrío  
 el vuelo de los ángeles a la región del llanto,  
 un día entre el asombro de los allegadizos,  
 dirá cansado de sus voces pedigüeñas:  
 —¡ah labradores de los pedregales  
 pescadores de red deshilachada,  
 antes que fenezcáis habrá un prodigio!  
 yo el milagro he de daros de Jonás.

Porque Él ansiando decirnos: —no temáis el tiempo colmado—  
 para serenidad de la cuita postrera,  
 tres días vivirá de la muerte en las fauces  
 para librarse el tercer día.  
 Y al recordar el surco plateado de su paso,  
 la dulce flor de sus dolores,  
 será más bello para  
 entendidos de amor el paraíso,  
 cada vez más lejano de las crestas feroces  
 y el ara



antigua que sangró sobre el abismo.  
 Descorrido como una colgadura  
 el cielo entonces a la raza redimida,  
 el fin descubrirá de las edades.  
 Árbol y peña que hoy gimen darán resplandores  
 junto a la gloria de los santos.  
 Y vencida la muerte en su guarida,  
 las cenizas que consumiera serán trocadas en héroes,  
 y será luz la revivida sangre  
 y el cuerpo cobrará venganza de su afrenta.  
 Así Jonás hablaba a la hora en que se aleja  
 el día y el silencio se extiende en la cañada,  
 y el corazón, rendido de pesadumbre, ansía  
 un suspiro largo de paz;  
 cesa la parlería del follaje  
 y la ternura cunde por el confín celeste;  
 mansa una nube se deshila  
 al cancelar el blanco palacio de su pompa;  
 y en quien abriga la dulzura de la noche  
 un pensamiento de piedad fulgura  
 como lucero despeñado.

—Salta en mi corazón como niño al rayo del día,  
 pensamiento de Dios,  
 tú que ordenas los pliegues de la dicha  
 y como al son de un cántico reduces nuestro duelo:

¡oh yacija, venero saltando, aura marina,  
 ojo dorado entre los vuelos de la parra  
 y cuando brillan las pavesas del bochorno  
 sombra segura de una roca!  
 Porque todo es, fuera de Dios, exhalación que pasa.  
 ¿Quién las categorías podrá contar de sus fulgores  
 con lado tartamudo y en habla forastera?  
 Mas en olvido queden las zarpas de avaricia y castigo.  
 ¡Morir al germinar perfecto de todo, oh ventura!  
 En puro amor se anegará el rebelde,  
 pues sobrepasará del Padre la justicia  
 el maternal desvelo  
 del manjar blanco, las manzanas y la miel. €

## Paño, tela, género

El soneto 27 de Garcilaso dice en los dos primeros versos "Amor, amor, un hábito vestí/ el cual de vuestro paño fue cortado". Algún desmemoriado, o innovador, podría repetir el segundo verso con un pequeño cambio: "un hábito vestí el cual de vuestra tela fue cortado". "Paño" y "tela" son sinónimos; ambas tienen dos sílabas, ambas son palabras viejas en español, porque ya estaban en latín y tienen un rico campo semántico "concreto" y metafórico. No es difícil advertir que "paño" quedó un poco atrás, porque tiene ahora uso más restringido —en México hay "Telas Junco" y las de "La Parisina" son "telas", no "paños". Quizá porque una de ellas se siente más antigua y estrecha se oye "limpie con paño húmedo" no "con tela húmeda". Pero en uno y otro caso, sin discutir sobre dimensiones, sabemos que se trata de textiles.

"Género" es literalmente de otro costal, aunque una de sus acepciones la hace sinónimo de las anteriores y, como ellas, sea palabra versátil, con campo semántico amplio y ubicuo; proviene del latín *genus, generis*, el cual derivó del griego *genos* (hay también descendientes cultos como *general* —el adjetivo y el del ejército— *generoso* y *generalizar*). Nuestro diccionario oficial más antiguo, el de *Auto-ridades* dice que "es voz tan universal que comprehende todas las materias de ciencias y artes" y da como entradas a) 'ser común a muchas cosas entre sí distintas o diferentes en especie'; b) modo o manera (género de vida); c) división —en gramática— de los nombres según los diferentes sexos' (masculino, femenino, neutro); d) 'las mercancías, así de tejidos como de drogas con las cuales se trata y se comercia'.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Lo de drogas es porque según el mismo diccionario, "son cualquier género de especiería: incienso, goma, benjuí y otras varias especies aro-

Atenidos a esas acepciones, en un "Programa universitario de estudios de género" cualesquiera de ellas cabe. Nada hay de extraño en la palabra género; incluso en el habla cotidiana se usa como sinónimo de "especie" ("género de problemas, de dudas", "géneros literarios"). Lo que tratamos con gramática hablamos de "género masculino, femenino, neutro" y por lo general, los diccionarios se detienen en ese problema, porque hay discusión sobre la concordancia de sustantivos y adjetivos cuando alguno de ellos presenta ambigüedad. En el mundo animal y vegetal no hay problemas, porque las palabras traen su marca de la lengua que heredamos, del léxico que copiamos y, aunque sabemos que en ambos hay también género masculino y femenino, no atribuimos segregación a la femineidad de las lechugas o la masculinidad de los tomates. Los nombres geográficos también cargan con naturalidad su género o van de uno a otro según lo pide el contexto. Podría decirse que en el ámbito intangible del lenguaje, las palabras que nombran lo material y lo espiritual se ubicaron en uno y otro género por razones históricas, funcionales y hasta quizá eufónicas más que discriminadoras.

Ocurre que, en nuestra sociedad bíblica, dentro de la especie animal, el género humano es el único que procura algún tipo de reivindicación, en cuanto a género femenino y masculino. A últimas fechas, "género" cundió —no sin polémica, porque hay quienes se resisten a usar el término—, y no siempre de manera feliz, en los textos orales y escritos de las llamadas "ciencias sociales". Tropecé con el título que copié arriba —"Programa universitario de estudios de género"— en un noticiero cultural; la glosa que lo acompañaba,

máticas simples o compuestas". En el *Diccionario de sinónimos* de Sániz de Robles, "tela" remite a "género" y viceversa.



con muchos lugares comunes, era indicio de que estaba dirigida a quienes ubicaban género en su nuevo contexto. Entre guerras de mucho estruendo ocurren otras, apenas audibles porque sus misiles, dirigidos a los cuatro vientos, son de tipo verbal y, en consecuencia, de efecto menos inmediato. Una de ellas es esta de "género" —que no es paño ni tela— y hay que entender tanto qué es cuanto por qué es. Aquí entran la teoría y los teóricos del género.

En esa "teoría del asunto género" o "estado de la cuestión género" me ayudaron en parte un tríptico de la UNAM, en parte un artículo sobre sociodemografía, en parte otro sobre cuestiones de análisis histórico.<sup>2</sup> Como en esto camino por el canto de una hoja, lo que sigue es lo que entendí, que puede muy bien ser lo que no es.

Al parecer, la diferencia masculino-femenino tiene un sustrato absolutamente artificial, no en cuanto a los sexos, sino en lo que se refiere a sus funciones: si perteneces al femenino, te corresponden tales, si al masculino, cuales. De ahí, supongo, que los fabricantes de juguetes, con buen tino, acrecienten su capital tanto si se dedican al ramo "muñecas" y "estufitas" cuanto al de "autitos" y "jets". Ese tino se sustenta, entiendo por la introducción del tríptico mencionado arriba, en que "los sistemas de género son un conjunto de prácticas, representaciones colectivas, símbolos, valores, normas y elaboraciones subjetivas e ideológicas sobre lo femenino y lo masculino".

En esas elaboraciones —objetivas para su tiempo— se detiene Platón cuando discute, en el libro quinto de su *República* (451c-456a), qué *status* corresponde a las mujeres en su utopía, antes de llegar a una de sus conclusiones: "Si se nos hace ver que el linaje de los hombres y el de las mujeres difieren en relación con algún arte u oficio, diremos que convendrá asignarles arte y oficio diferente a cada uno. Pero si la diferencia estriba únicamente en que la mujer da a luz y el hombre engendra, entonces en modo alguno admitiremos como evidente que la mujer difiere del hombre respecto a todo lo que decíamos. Por el contrario, seguiremos creyendo que conviene asignar los mismos oficios a nuestros guardianes y a sus mujeres". Naturalmente, esto tiene su trampa que se explica luego, aunque prescindiendo de las consecuencias, para

<sup>2</sup> Norma Ojeda, "Reflexiones en torno a los conceptos de género y sexualidad desde la sociodemografía de la familia", en *México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos*, El Colegio de México-Somede, B. Figueroa Campos (coord.), 1999, pp. 243-254; Joan W. Scott, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, 1990, publicado originalmente en *American Historical Review*, 1986.

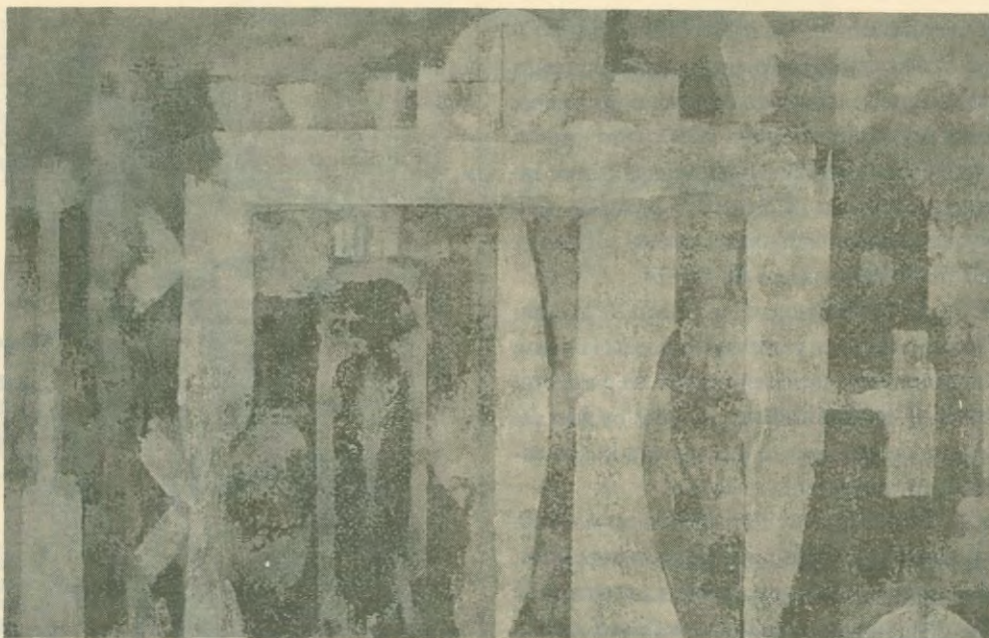


razonamiento del siglo IV antes de la era común no estaba mal, a pesar de que, en la práctica, no hay muestras de que alguien coincidiera con él en ese siglo o los que siguieron.

Vista desapasionadamente, esta teoría del género puede reducirse a sólo un matiz: la mujer pertenece al sexo femenino, el hombre al masculino, pero si añadimos la carga familiar, social, histórica, psicológica, que marcan o destacan características atribuidas por esos entornos, en el primero se acentúan, como rasgos de su personalidad-género, la dependencia, falta de individualidad y autonomía; en el segundo la independencia, individualidad, autonomía. Ése es, *grosso modo*, el meollo de la cuestión.

Entender ese conflicto, "hará posible un conocimiento profundo y global de los complejos procesos que crean y reproducen las desigualdades sociales. Los estudios de género permiten dilucidar las razones y diferencias entre los géneros, que se han traducido en desigualdades en ámbitos sociales, económicos, políticos y culturales..."

Para alguien desprovisto de sensibilidad el problema resulta una verdad de perogrullo, porque ése es el origen y destino de la sociedad vainita, que —según Gén.— comenzó en el país de Nod, al oriente del Edén. Después de



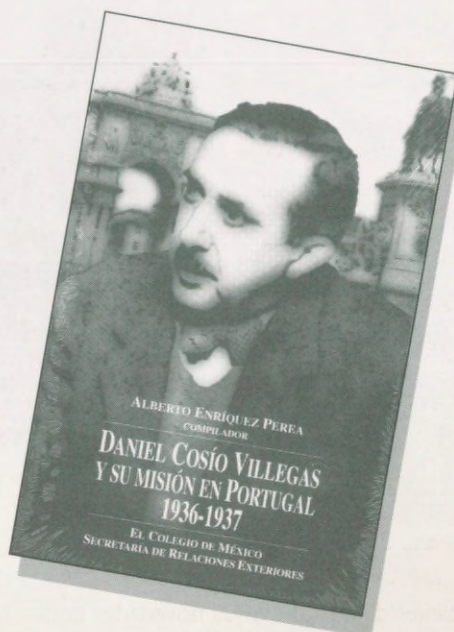
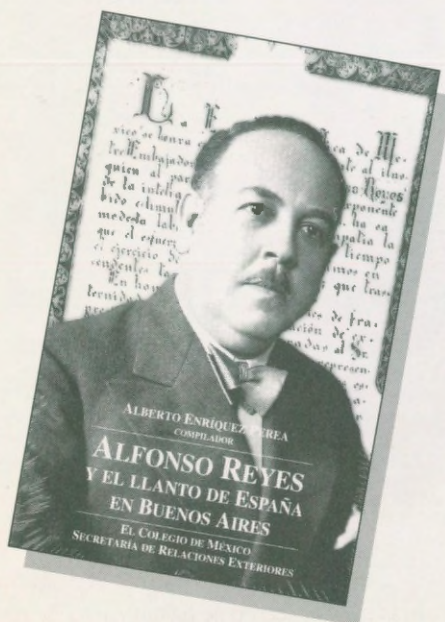
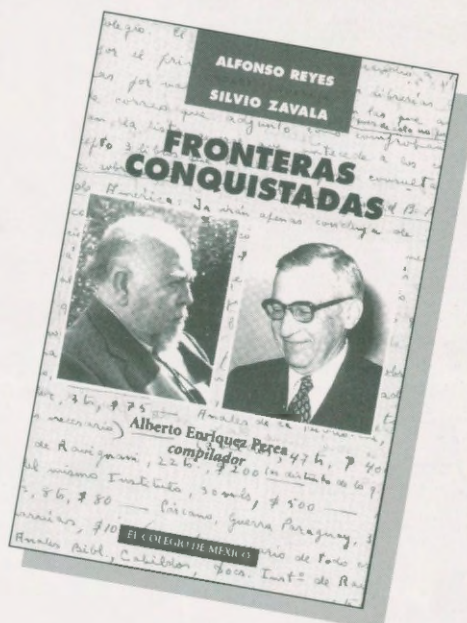
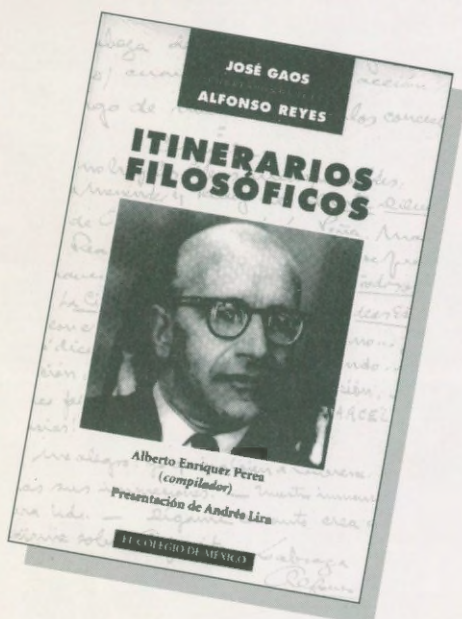
siglos, cuyo número es abultado, pero incierto, y de todo lo que ocurrió *in between*, se llegó a éste de vindicar todo lo vindicable, lo cual está bien, si no se olvida que las vindicaciones duraderas son las que brotan, arraigan y maduran desde lo profundo.

En uno de los artículos que consulté, la autora advierte que la palabra "género" no figura en los diccionarios con esta nueva acepción (pude comprobar que tampoco se encuentra en el de ciencias sociales), pero sí con esas que ya tienen pátina histórica, como las que copié al principio. En su epígrafe destaca un texto que tomé del *Dictionnary of modern English usage* de Fowler: "gender is a gramatical term only. To talk of persons or creatures of the masculine or feminine gender, meaning of the mate or female sex is either a jocularly (permissible or not according to Content) or a blunder". Escoger esta definición tan mal hecha es un acierto para el contenido de su texto. Pero habría sido fácil desdejar a Fowler consultando el *Webster's*, en el cual se lee, entre las demás acepciones, que *gender* significa *sex* acompañada por una frase de Dickens: "black divinities of the feminine gender". Por lo demás, que la nueva acepción esté o no en los diccionarios nada quita o pone a la teoría de la cuestión género; los ácervos de palabras son cosas difíciles de elaborar y las novedades tardan mucho en ingresar a sus páginas.

El problema que encuentro en esta nueva acepción de "género"—en la cual interviene el inglés de manera innegable—no es de teoría, que durará o no como otras (los gra-

máticos seguirán en sus trece, las feministas y profeministas en los suyos), sino del uso que se le da; al parecer, la palabra se lexicalizó para convertirse en sinónimo de "mujer". No de otra manera se entienden frases como éstas, extraídas de periódicos: "el género, en la ciudad, aún condenado a la marginación y el silencio"; "la lista pendiente en política de género es todavía larga"; "en materia de género la hegemonía ideológica es monocultural"; "continúa ausente la indígena con su doble problemática: la de género y pertenencia étnica"; "...para diagnosticar la situación de género, 52 por ciento de los habitantes de la ciudad de México son mujeres"; "en un proceso de toma de conciencia actuar como mujeres protagónicas, con audacia de género". Éstas provienen de textos académicos: "restos ambientales o sociales desde una perspectiva de género"; "población, medio ambiente y género"; "raza, clase, género" (una de las acepciones de género es justamente "clase"). En realidad, si en efecto ése es el fenómeno, teorías y discriminaciones aparte, se trata de un cambio más en nuestro léxico, que registrará algún diccionario histórico. Pero si abundan textos como éste, "la «literatura de mujeres» designa un conjunto de productos literarios firmados por mujeres (es decir obras cuya firma tiene una valencia sexuada), sin que, estas obras internalicen o se hagan cargo de una reflexión sobre la problemática de los géneros ni sobre las construcciones de lenguaje que textualizan la diferencia genérico sexual", convendría advertir a los usuarios del término que también con palabras se cae en excesos. €

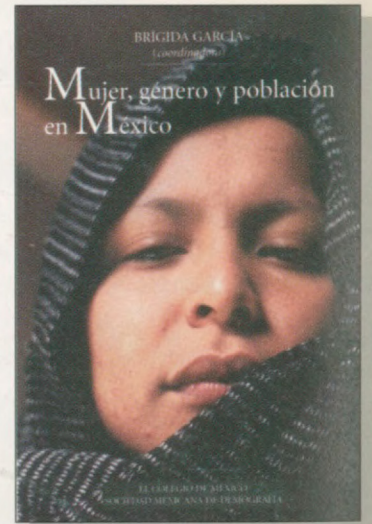
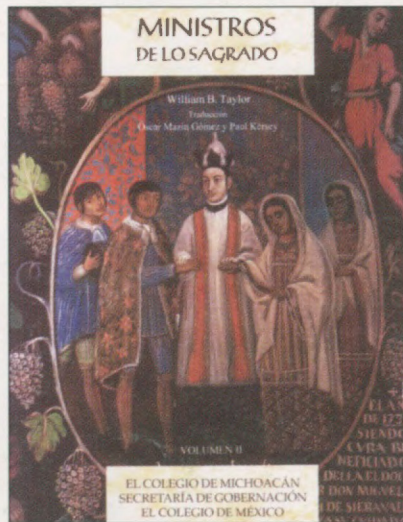
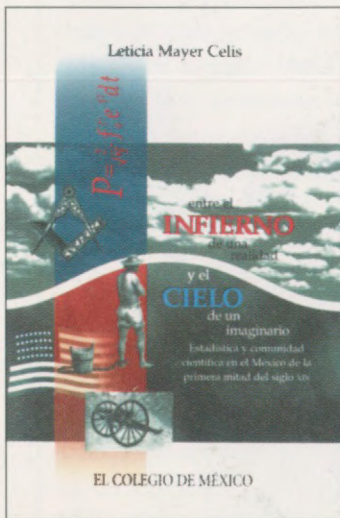
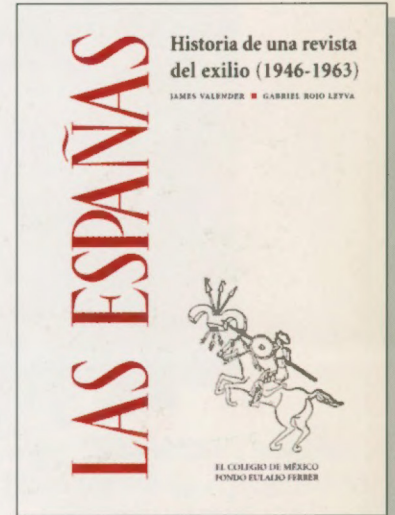
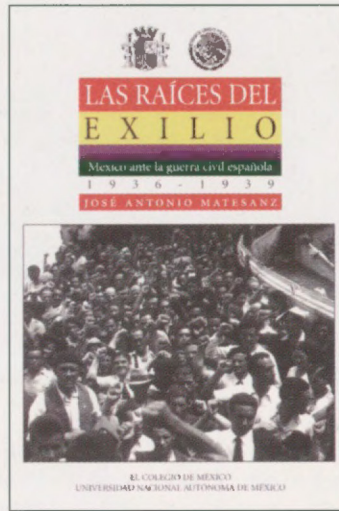
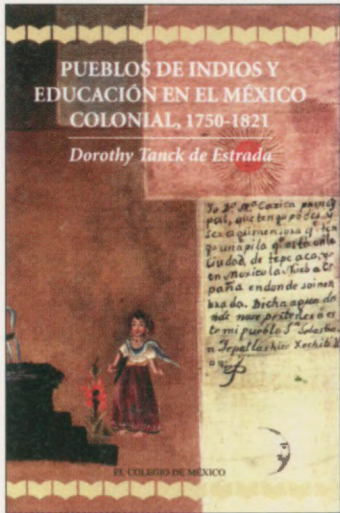
# Colección Testimonios



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20 Pedregal de Santa Teresa,  
10740 México, D. F. Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx

# Publicaciones recientes



## EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx